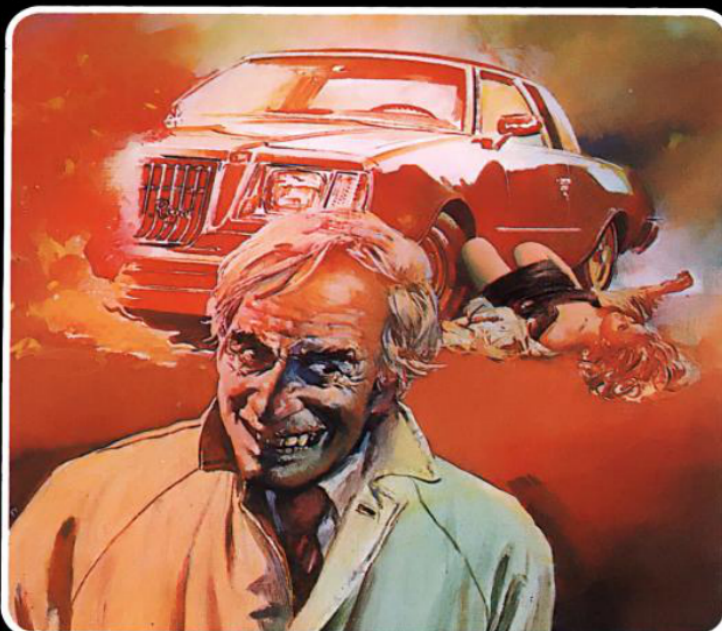


Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Curtis Garland

La máscara de carne



EDICIONES FORUM

**Curtis
Garland**

**La máscara
de carne**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: junio 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Curtis Garland

© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-142-9

Depósito Legal: M. 17.765-1985

Fotocomposición: T. G. S.

Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)

Impresión: Gráficas FUTURA,

Sdad. Coop. Ltda. Villafranca del Bierzo, 21-23.

Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain - Impreso en España, junio 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.

Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

Los ojos de la muchacha dejaron de expresar el miedo. Ahora era el pánico, el horror, lo que se reflejaba en ellos.

Miedo al ser que descendía por la escalera de caracol, con pasos lentos, con movimientos pausados. La rojiza luz del recinto de piedra dibujó una enorme, siniestra sombra sobre los muros de góticos porcheados.

—¡Dios mío, no! —sollozó ella, estremecida, retrocediendo hacia la ventana ojival asomada a la negra noche, al pueblo nevado, en el que se veían brillar débiles y aisladas luces distantes. Demasiado distantes para que pudieran servirle de alguna ayuda, de la simple esperanza de un socorro providencial.

El personaje de negras ropas y flotante capa apareció al fin ante ella, al pisar el último peldaño, en toda su tenebrosa, impresionante apariencia.

Alto, altísimo y delgado, envuelto en aquella amplia capa negra, tan semeiante en sus revoloteos a los aleteos de un enorme murciélago. Elegante, aristocrático y altivo, frío como un témpano, pálido como un cadáver.

Sin embargo, sus ojos, fijos en la rubia muchacha indefensa, brillaban con rojiza intensidad, como si estuvieran inyectados en sangre. La boca de delgados labios amoratados sonrió despacio, cruelmente, mientras la mirada permanecía obsesivamente clavada en ella.

Bajo los labios aparecieron los incisivos colmillos, todavía goteantes de sangre, brillando como dos agujas taladrantes...

—¡Drácula! —jadeó ella, estremecida, llevándose una crispada mano a la boca, con expresión convulsa de terror—. ¡No es posible...!

Él no dijo nada. Se limitaba a sonreír, a contemplarla malignamente, seguro de su poder. Los pasos de su negro calzado

brillante le llevaron algo más cerca de ella. La joven retrocedió, casi hasta el borde mismo de la ventana gótica, sintiendo en su espalda el frío estremecedor del viento helado de aquella noche invernal.

Drácula, el Príncipe de las Tinieblas, avanzó imperturbable hacia ella.

Su voz sonó ahora ronca, susurrante, malévola, al asegurar:

—Es inútil, mi pequeña amiga. Nadie escapa al poder de Drácula. Ven a mí. Ven a conocer el placer de lo eterno, de lo que no puede morir nunca... Te ofrezco la eternidad, tu inmortalidad, el placer de lo que nadie alcanza...

Alargó sus manos. Largas, marfileñas, huesudas, pálidas. De largas uñas bien cuidadas, tan afiladas como sus propios incisivos sanguinolentos. Piel tersa, lívida, de siglos, envolviendo tejidos muertos que la sangre humana devolvía a la vida, noche tras noche, lejos del fulgor de los rayos solares, dejando ver aquellas tenues venas azuladas por dónde circulaba ahora la sangre de otros humanos, víctimas del poder sombrío y terrible de Drácula.

Y ella, ahora, iba a experimentar en su propio ser el frío de la muerte en vida, de la posesión maléfica del vampiro. No tenía escapatoria. Delante de ella estaba el no-muerto. Detrás, el vacío, la noche, la altura del campanario pueblerino, hasta el suelo blanco de nieve.

De cualquier modo, la muerte.

Gritó despavorida cuando las manos de él rozaron su piel en un contacto gélido, y la sonrisa diabólica del vampiro dejó ver sus nítidos dientes blancos, de entre los cuales sobresalían los incisivos punzantes, voraces, mientras los ojos inyectados en sangre se clavaban ávidos en su blanca garganta desnuda, en el nacimiento de un pecho turgente y sensual...

Ella retrocedió aún un paso más, en su desesperación. Las manos de Drácula no llegaron a aferrarla, a impedir la caída.

El cuerpo de la rubia joven se perdió en el vacío, en la noche. Un alarido de angustia escapó de los labios femeninos cuando se sintió caer. Alargó sus brazos instintivamente al sentirse en el vacío.

Sus dedos se aferraron milagrosamente al saliente de piedra vieja, musgosa, y el mortal descenso se frenó. El cuerpo de mujer quedó colgando en el vacío, las manos sujetas a la cornisa del campanario. Drácula se había inclinado sobre el vacío,

contemplando la caída. Las manos blancas del vampiro aferraron el alféizar como garras heladas de un ave siniestra.

Descubrió a la muchacha colgando en el aire, sus piernas movidas con desesperación, las uñas hincadas en los intersticios de piedra antigua, en hierbajos silvestres nacidos a lo largo del tiempo.

Ella forcejeó contra su propia gravedad. Logró apoyar un pie en una piedra desigual. Y el otro pie en un adorno de piedra, tal vez una vieja gárgola mutilada por la acción de los años o de los siglos.

Tomó aliento. Miró angustiosamente junto a sí. Allí donde terminaba la torre del campanario, antes de su puntiagudo remate, se extendía un pequeño tejadillo hasta el final del muro pétreo. Se movió en esa dirección, desplazando cuidadosamente sus manos sobre el saliente.

Poco a poco, comenzó alcanzar el único punto posible de salvación: las viejas tejas cercanas, empinadas y agrietadas, repletas también de hierbajos por doquier. La nieve formaba costras de hielo en sus bordes, haciendo más peligrosa la aventura salvadora de la joven.

Pero lo logró. Llegó a la terminación de la cornisa, logró asirse a las tejas, que resistieron su peso con un leve crujido amenazador. La otra mano de la muchacha se agarró a un canalón de piedra con fuerza. Tomó impulso y se elevó.

Estaba a salvo. Agazapada sobre las resbaladizas tejas, respiró hondo, sintiéndose más segura. Allá arriba el viento soplaba con fuerza, removiéndola la nieve no helada en remolinos blancuzcos como fantasmas. Sintió azotadas sus ropas y cabellos.

Drácula apretó con ira sus puños, pero poco a poco una sonrisa helada asomó a sus exangües labios. Los ojos se entornaron malévolos, rojos como la misma sangre que en ellos se reflejaba.

Y todo su cuerpo sufrió una mutación escalofriante.

La figura aristocrática se encogió, pareció distenderse y deformarse por unos instantes... para convertirse en un gigantesco murciélago. Aleteó sordamente en el campanario, elevando su vuelo. El negro ser alado abandonó el campanario, brotó por la ventana ojival, volando hacia la muchacha encogida sobre el tejadillo cercano.

Ella le vio aparecer. Contempló despavorida el aleteo del siniestro ser. Sabía que aquél no era un murciélago cualquiera, sino

el propio Drácula.

Cuando se posó junto a ella, en las tejas, el vampiro se metamorfoseó de nuevo. Sus alas agitadas se transformaron en los pliegues de la negra capa. El cuerpo velludo y monstruoso tornó a ser el espigado y arrogante del tétrico conde. Sólo su faz, por unos inenarrables, espantosos instantes, tuvo la mezcla del murciélago y el hombre. El rostro monstruoso de una criatura mitad quiróptero, mitad humana, contempló a la despavorida muchacha de cerca. El grito de ella estaba lleno de pavor, de alucinado pánico a aquel ser de pesadilla, de faz oscura, velluda, morro achatado, ojos sanguinolentos y dientes de sierra, goteantes de sangre...

Casi de inmediato, la lívida, maligna faz de Drácula, apareció ante sus ojos, en rápida transmutación. No resultaba mucho más esperanzadora ni amable para la joven víctima.

—Ven, querida... —susurró insinuante Drácula, acercando sus incisivos a ella, envolviéndola virtualmente en su negra, amplia capa—. Vas a ser mía para siempre... Mía, eternamente sierva de tu amo y señor, Drácula, Príncipe de las Tinieblas...

Los incisivos se aproximaron a su garganta, fulgurantes, afilados...

En ese momento, redobló la campana inesperadamente.

Una poderosa ráfaga de viento, de modo milagroso, hizo tañer la vieja campana muda. Todo el campanario de piedra se estremeció con su toque de difuntos, convertido por una segunda ráfaga en el tañido a gloria, un repique de resurrección.

Drácula giró la cabeza, aterrado. El religioso sonido de aquella campana parecía herirle vivamente, haciendo temblar su carne corrompida, que sólo la sangre permitía mostrar fresca y viva.

Esa ráfaga era más fuerte de lo que parecía. Hizo crujir allá arriba, en el remate puntiagudo de la torre del vetusto campanario, un remache de hierro herrumbroso que hasta entonces Drácula no advirtiera.

Era una cruz.

La cruz del campanario se arrancó de cuajo de resultas de aquella extraña ráfaga ventosa. El resplandor de la nieve la hizo brillar por un momento en el aire nocturno, mostrando su forma a los ojos del vampiro.

Un alarido inhumano escapó de labios de éste cuando vio venir

hacia él, como una lanza o un dardo, la forma de hierro, la temida cruz...

Trató de eludir el impacto, pero no le fue posible.

Una fuerza desconocida y poderosa parecía impulsar aquella cruz metálica hacia su destino final. Y ese destino era el cuerpo de Drácula.

El hierro rasgado se incrustó violentamente en el pecho del aristócrata transilvano. Se hincó el brazo más largo de la cruz sobre el corazón y los pulmones. El berrido del ser diabólico fue estremecedor, como el aullido de un animal salvaje en la agonía. Desorbitó sus ojos, crispó la boca en una mueca de horror.

La faz se tornó grisácea, mientras la sangre escapaba a torrentes de la herida, y las lívidas manos se aferraban impotentes a la cruz, queriendo arrancarla de sus carnes. El simple contacto con el hierro oxidado pareció abrasar sus manos, que despidieron un vapor nauseabundo, mientras su carne se quemaba acremente.

Aquel rostro altanero, frío y pálido, pasó del gris de la agonía a un tono ceniciento. Rápidamente, la piel se arrugó, convertida en algo repugnante, viejo y decrepito. Las cuencas de los ojos se vaciaron paulatinamente, primero permitiendo ver los globos oculares, rodeados de gusanos pestilentes, para después, en medio de un humor negruzco, vaciarse por completo, como las cuencas de una calavera. La piel rugosa, informe, se desprendió en forma de pavesas, permitiendo ver debajo los desnudos huesos del cráneo. El cabello negro, canoso, se hizo blanquecina crin enfermiza, que se volatilizó en segundos, dejando desnuda la cabeza pelada que, poco a poco, sólo era una amarillenta bóveda craneal descarnada, como el resto de la faz espantosa de aquel ser.

Los gritos atemorizados de la joven escapaban sin cesar de su garganta, mientras los tañidos de la campana cantaban la resurrección de las almas puras y el fin del poder diabólico.

Drácula se hizo polvo que se llevaba el viento, mezclándolo con la nieve, y así desapareció para siempre. Su sangre era ya tan sólo una ceniza rojiza que se perdía en la noche. Drácula había dejado de existir.

Sollozando, llena de horror pero también de gozo, la joven se dejó caer de rodillas en las tejas, cubriendo el rostro con ambas manos, y musitando fervorosa:

—Gracias, Señor... Gracias, Dios mío...
Sobre la imagen congelada, apareció la palabra:

FIN

Y una salva atronadora de aplausos sonó en el salón donde se proyectaba la película.

CAPÍTULO 2

—Mi enhorabuena más cordial, Orlov. Jamás estuviste tan convincente como esta noche. Ha sido el Drácula más impresionante que nunca vi.

—Eso es cierto —corroboró otro—. Ha superado en mucho las interpretaciones de Bela Lugosi, Christopher Lee o Frank Langella, de eso no hay duda. Genial es la palabra, Orlov. La mejor creación de su brillante carrera. Es lo que diré mañana en el Herald.

—Gracias, gracias a todos, queridos amigos —sonrió Jusko Orlov tomando un sorbo de champaña con expresión afable—. Son todos muy amables, de verdad.

—Nada de amabilidad, Jusko —terció ahora Brandon Stowell, el productor más importante de la Atlas Productions, acercándose a él—. Dicen la pura verdad. Estuviste magnífico. La película va a ser un taquillazo, estoy seguro de ello. Hice bien al confiar ciegamente en ti. Incluso un tema tan sobado como el de «Drácula» cobra una nueva dimensión cuando un actor como tú lo interpreta.

—Espero que eso lo recuerdes para mi próximo contrato —dijo irónicamente el actor, rechazando los canapés que le ofrecía otro camarero.

Stowell dijo:

—De eso, ni lo dudes. Estoy preparando algo serio, junto con Robbins, el mismo guionista. Algo que te vendrá como anillo al dedo.

—Ese joven escribe bastante bien —aprobó Orlov—. Tiene genio, es bueno incluso en temas manidos. Hiciste una buena adquisición con él.

—Me alegra que pienses así. Él tiene de ti un concepto similar. Te admira profundamente desde que era niño. Recuerda a veces que temblaba como un flan al ver alguna de tus creaciones con la National.

—Ah, los viejos tiempos... —susurró Orlov—. Entonces era uno de tantos. Se decía de mí que nunca llegaría a ser sino una vulgar copia de Karloff o de Chaney. Y ya lo ves: en sólo quince años más, me he hecho el rey del terror cinematográfico.

—Esta noche has impresionado a todos, incluso a mí —confesó Stowell, caminando a su lado por la sala repleta de invitados—. Los críticos se han visto por primera vez impresionados por una vulgar película de terror. Y eso, gracias a ti exclusivamente.

—No, exclusivamente, no —rechazó Orlov con viveza—. ¿Olvidas a Lilian?

—Oh, Lilian... —Stowell comprendió que había rozado un punto vidrioso del tema—. Claro, Jusko. Esa criatura tiene ángel. Nadie como ella para sobrecoger a los espectadores con su infortunio. También tendrá un gran éxito, estoy seguro. Tengo pensado que sea también tu pareja en la próxima película.

—Naturalmente —asintió Orlov sonriendo—. Pienso exigirlo en contrato. Por algo, para entonces, Lilian será mi esposa.

—¿Sigues empeñado en casarte antes de empezar el nuevo rodaje?

—Por supuesto. Y Lilian también —miró con sorpresa a su productor—. ¿Por qué dices eso, Bradon?

—Oh, por nada —trató de restar importancia al tema el productor, pero Orlov creía conocerle lo bastante bien para advertir la sombra de una contrariedad en su gesto—. Sólo pensaba en cómo reaccionará nuestro público, tu público en suma, Jusko, cuando sepa que la heroína de todos los horrores que tú haces vivir en la pantalla, la víctima eterna de los monstruos que tú interpretas, es precisamente tú propia y flamante esposa.

—¿Y qué? —Se irritó levemente Orlov. Su rostro delgado, de origen eslavo, de facciones tan aristocráticas como las luciera en su interpretación magistral del Conde Drácula en la proyección de preestreno de aquella noche, reflejó cierto disgusto—. Ya no vivimos aquellos viejos tiempos en los que la estrella de turno debía ocultar a todo el mundo que era madre de una criatura, o en que un matrimonio de actores había de mantener escondido su enlace, por razones publicitarias. No son los tiempos de Douglas Fairbanks ni de Jane Harlow, Brandon.

—Lo sé, lo sé. Pero en vuestro caso es diferente. La gente os

tiene ya encasillados en su mente como verdugo y víctima. No se harán a la idea de que sois una pareja feliz, como cualquier otra, e incluso con un hogar apacible y unos hijos normales, como todo el mundo.

—Al diablo con la gente. Que nos acepte como somos, y basta. Una cosa es la ficción y otra la vida íntima. No se puede sacrificar la una por la otra. Yo, al menos, no lo haré. He encontrado tarde la felicidad. A mis cincuenta años casi, no podía esperar hallar en mi camino a una criatura tan adorable como Lilian Lake. Y menos aún con una diferencia de más de veinte años entre ambos. Pero estamos compenetrados, nos amamos, y a ella no le importa esa diferencia de edad. Es lo que nos basta a ambos, Brandon.

—No voy a ser yo quien ponga peros a vuestra felicidad, Jusko. Sólo quería advertirte, por si la próxima película, que será una especie de nueva versión del doctor Jekyll y mister Hyde, en la que Lilian tendrá un gran papel también, es acogida con indiferencia por vuestros adictos, a causa de esa boda repentina.

—Entonces, dile a Robbins que escriba algo sobre un marido depravado y cruel, que se casa con una joven estrella para pervertirla y destruirla ferozmente —rió burlonamente Jusko Orlov—. Seguro que tu nuevo y brillante guionista pergeña una gran historia sobre ese argumento, y hacemos llorar y sufrir a la gente, pensando todos que ése es el triste destino que su adorada Lilian Lake afronta en su boda con un monstruo como yo.

—No es mala idea —rió Stowell divertido—. Se la comentaré a Robbins, seguro.

—¿Qué es lo que tiene que comentarme, señor Stowell? —terció una jovial voz masculina.

Ambos se volvieron hacia el que acababa de acercarse a ellos. Era un hombre joven, de aspecto deportivo y risueño. Cabello castaño rebelde, ojos vivaces, mentón enérgico y una figura ágil y atlética, hacían pensar que Keith Robbins era cualquier cosa menos guionista de films de horror para la Atlas Productions, la productora que parecía seguir los pasos de la antigua Universal de las películas terroríficas o de las británicas Hammer y Amicus.

Sin embargo, aquel joven escritor, hallazgo personal de Brandon Stowell, aunque llevaba sólo un año en la productora, había cosechado ya dos grandes éxitos con la casa, gracias a sus guiones

para «Regreso de Frankenstein» y «La sombra de Drácula», los dos últimos éxitos de Jusko Orlov, el gran creador de monstruos cinematográficos a quién ya se le denominaba «el hombre de los mil rostros», como al glorioso Chaney, o, según otra frase de más nuevo cuño, «una auténtica máscara de carne», a causa de sus pasmosa facilidad en transformar su estilizado rostro de oriundo eslavo de una familia noble, en cualquier ente de ficción de espantable aspecto.

Ahora, Robbins había sido elegido por Stowell para realizar el guion de la futura película protagonizada por la pareja de moda en el género, Jusko Orlov y Lilian Lake, «El experimento de Jekyll», nueva versión remozada de la obra clásica de Stevenson.

—Oh, Robbins, me alegra verle por aquí —dijo Orlov tendiéndole su delgada, aristocrática mano—. Deseaba felicitarle por su guion. Fue espléndido. Ese final en el campanario resultó inmejorable.

—Creo que todo hubiera sido vulgar sin su interpretación, Orlov —rechazó el elogio el joven escritor con una amplia sonrisa—. Esos cambios de rostro, esas expresiones malévolas cuando se transmuta en murciélago, cuando recibe la herida de la cruz en el tejado... Fue magistral. Creo que por primera vez en mi vida he sentido miedo, una vez sobrepasé mi infancia llena de terrores cinematográficos.

Todos rieron. Un par de periodistas se llevaron a Orlov lejos de ellos, para hacerle unas preguntas y fotografiarle junto a Lilian Lake, cuya ingenua y rubia belleza destacaba resplandeciente en medio de la fiesta social montada por Stowell para preparar el lanzamiento de su película.

Productor y guionista cambiaron una mirada. Stowell tomó dos copas de la bandeja de un camarero y le tendió una a su empleado.

—¿Qué piensa de la boda de Orlov, Robbins? —preguntó el productor con un tono de preocupación en su voz.

—Que harán una buena pareja, sin duda. Orlov puede pasar muy bien por un hombre de unos cuarenta años escasos. Se cuidó siempre muy bien. Además, se aman, que es lo que importa.

—Yo pensaba en la taquilla, en sus fanes... ¿Verán bien ese enlace?

—¿Por qué no? Cuando yo era niño, llegué a creer, viendo viejas películas, que María Montez y John Hall habían sido matrimonio,

de tanto actuar juntos. O Katherine Hepburn y Spencer Tracy. Y eso no me hubiera cambiado mis gustos y aficiones lo más mínimo.

—Tal vez tenga razón. Pero no puedo por menos de sentirme inquieto. Orlov y Lilian son ahora dos productos de primera categoría en el mercado. No me gustaría que perdieran su público por ser matrimonio en la vida real.

—Estoy seguro de que no ocurrirá así. De todos modos, no creo que Orlov siga mucho tiempo en esto. Ambos sabemos que ha amasado una fortuna sobrada como para retirarse a vivir una existencia regalada, sin tener que sacrificar su rostro cada día, durante horas enteras de agotador maquillaje, para vivir de esta profesión.

—Sé que Orlov es muy rico. Pero Lilian es ambiciosa y desea seguir su carrera. Eso puede también crear problemas. ¿Y si él decide retirarse un día y la convence a ella para que haga lo mismo? Lilian aún puede dar muchos triunfos y mucho dinero a Atlas.

—Ya habló el productor —sonrió Robbins irónico—. Recuerde que Lilian Lake es sólo una dulce ingenua en la pantalla. Ha tenido amores con otros hombres, posee ambición y desea ser algo más que la damisela desvalida perseguida por un monstruo. Estoy seguro de que Orlov no logrará nunca persuadirla para que abandone su carrera.

—Por Dios, no hable de esos amores de Lilian delante de Orlov. Es muy celoso. No lo soporta.

—Qué tontería. Todo el mundo sabe que Lilian y Forrest Wayne iban a casarse, que vivieron juntos durante más de dos años...

—Diga eso a Orlov, y posiblemente sea capaz de retarle a un duelo a la antigua usanza —murmuró Stowell—. Él quiere creer que Lilian es la que sale en sus films, la ingenua desvalida, no la mujer que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. En realidad, todos sabemos en la profesión que ella ha sido quien cautivó y sedujo intencionadamente a Orlov, pero eso él no lo aceptaría jamás.

—Lo sé. El otro día le vi disputar agriamente con Tallullah Desmond. La causa era Lilian, por supuesto. Ya sabe lo poco que aprecia Tallullah a Lilian.

—¿Poco? —rió Stowell sacudiendo la cabeza—. Yo diría que nada en absoluto. La odia cordialmente. Si Lilian muriese, Tallullah

Desmond sería feliz. Entre otras cosas, porque es la única ingenua de la productora capaz de sustituir con ciertas garantías de éxito a una mujer como Lilian Lake, la verdad.

—Al parecer, Tallullah se permitió cierto comentario despectivo hacia una escena que interpretaba Lilian en esos momentos. Orlov se puso hecho una furia. Incluso llegó a decirle a la actriz que era capaz de matarla. Y le aseguro, señor Stowell, que a juzgar por su rostro, hubiera podido creérsele a pies juntillas.

—No me extraña. Orlov es una rara mezcla de pasión y frialdad. Pero resulta sumamente expresivo cuando se deja llevar por sus emociones. Tal vez ésa sea la razón de que todos digan que parece poseer una auténtica máscara de carne, a la que sabe dar la expresión que se le antoja.

—Sí, es posible que sólo fuera un arrebatado pasajero, pero entonces sí. Entonces debo confesarle que Orlov llegó a darme verdadero miedo, señor Stowell. Y también a Tallullah Desmond, que retrocedió como si estuviera ante una de esas horribles criaturas perversas que Orlov interpreta tan magistralmente ante las cámaras.

Otros periodistas acudieron en demanda de información del productor principal, y director ejecutivo de la Atlas Productions, llevándose del lado de Robbins. El joven escritor, con su copa de champán en la mano, deambuló sin rumbo por entre el tráfago de invitados, en su mayoría columnistas de Los Ángeles, actores y actrices del mundillo de Hollywood, así como destacadas personalidades de la política local.

Aquellos *partys* nocturnos, tras la proyección previa de la película, eran cosa cotidiana en la ciudad del cine. Y algo vital para las productoras, que preparaban así el lanzamiento de sus films por estrenar. Pero a Keith Robbins le aburrían sobremanera, por parecerle todas igualmente superficiales y tediosas.

—Perdone, ¿es usted actor tal vez?

Le sorprendió la pregunta. Que alguien, en medio de aquel mundillo donde todos o casi todos se conocían, pudiera preguntarle a otro si era actor o no, resultaba cuando menos insólito. Y casi agradable, por lo renovador.

Se volvió a quién interrogaba. Era una muchacha realmente encantadora. Ni tan aparentemente ingenua como Lilian Lake, ni

tan *vamp* como Stella Dexter, la «mala» habitual de todos los films de la Atlas. Pero en su persona reunía indudablemente una curiosa y sugestiva mezcla de sencillez y sensualidad. Ni tan rubia como Lilian —aunque en ese rubio resplandeciente de la cabellera de la ingenua, siempre pensó Robbins que había algún toque artificioso—, ni tan morena como la Dexter, su cabello poseía un bello tono castaño-dorado, su tez era saludable y fresca, sin el rastro habitual de los maquillajes cinematográficos, y sus rasgados ojos poseían un atractivo tono, entre verdoso y gris, muy acorde con la faceta algo enigmática de la muchacha. Los labios gordezuelos sonreían de modo cautivador, sin pretender en ningún momento tal cosa. De ahí, quizá, que aún resultara más seductora su sonrisa.

—Pues no, me temo que no —respondió cortésmente Robbins—. Mi trabajo es mucho más prosaico que todo eso. No acostumbro a salir ante las cámaras, me quedo siempre tras ellas, excepto cuando se filma un noticiario, como esta noche en el cine donde se dio la gala previa de preestreno.

—Oh, perdone entonces. Su aspecto me pareció el de un galán...

Era una encantadora excusa. Y hasta un halago para Keith, que sonrió inclinándose levemente.

—Mil gracias por el cumplido —dijo—. Algún día le comentaré esto al señor Stowell para que lo tenga en cuenta. Tal vez equivoqué mi profesión. Pero lo cierto es que sólo soy guionista de la casa, no actor. ¿Puedo servirla en algo?

—Si conoce personalmente al señor Stowell... tal vez —se ruborizó, cosa totalmente impensable en ninguna damita de Hollywood. Le costó añadir algo de inmediato—: Lo cierto es que he venido a esta fiesta para hablar con él...

—Le diré que conozco, naturalmente, al señor Stowell —admitió Keith—. Pero me temo que sea bastante poco accesible normalmente, en especial a los desconocidos. ¿Le ha invitado alguien a esta fiesta, señorita...?

—Miller. Wilma Miller —se presentó ella de inmediato. Luego asintió con la cabeza—. Soy amiga personal de Lilian Lake. Trabajamos juntas en el mismo sitio, antes de ser ella famosa. Le escribí hace un tiempo, solicitándole su recomendación para una prueba como actriz. No me respondió nunca a las varias cartas que le envié. Imaginé que no tendría tiempo. Además, recibirá tanta

correspondencia de admiradores de todo el mundo... Pero ayer me vi sorprendida muy gratamente, al recibir una fotografía de ella, dedicada, con una invitación personal para el preestreno de esta noche.

«La muy ladina Lilian, siempre cuidando sus relaciones públicas —pensó Robbins—. No le importa en absoluto la amistad de nadie, sólo su propia persona».

Pero como no era cosa de desilusionar a su antigua compañera, fue algo muy distinto lo que expresó en voz alta el escritor.

—Bueno, eso demuestra que, pese a su trabajo, se acordó de usted. ¿En qué trabajaba ella antes de ahora? Nunca lo he sabido...

—En un restaurante, de camarera —sonrió la joven graciosamente—. Ése es mi trabajo actual. Pero yo también sueño con el cine, con la fama. Como todas, supongo. Pensé que no perdía nada con intentar una prueba.

—Bueno, verás, eso es más difícil de lo que parece. De momento, debe ponerse en manos de un agente que la administre, logre esa prueba y la lance a través de alguna productora, si realmente vale.

—¿Tan complicado es todo? No creí que Lilian hubiese tenido tantos problemas para llegar a lo que hoy es.

Robbins volvió a pensar algo diferente a lo que luego dijo:

«Lilian Lake se acostó con un productor y un *cameraman* para lograr una primera prueba. Luego, no sé lo que haría, pero consiguió un papel. Y otro mejor. Y otro...».

Sus labios hablaban entre tanto lo contrario:

—A veces se tiene suerte a la primera. Lilian dio bien en la prueba y acertó en el papelito. Eso, y un poco de suerte, le abrieron las puertas de la fama.

—Comprendo —la joven parecía desolada—. De modo que no hay posibilidades de conseguir esa prueba. Ni tan siquiera de poder hablar con el señor Stowell...

—Verá, haremos una cosa. Me ha caído usted bien, señorita Miller. No es que personalmente la aconseje que siga esta vida del cine, porque dista mucho de ser todo lo bonita que la gente imagina desde fuera, pero sé que cuanto yo pudiera decir resultaría inútil si se ha propuesto usted abrirse camino en este trabajo. De modo que trataré de ayudarla en la medida de mis posibilidades.

—¿De veras? —Ella le miró ilusionada—. ¿Sería usted capaz de

tanto?

—Ya le digo que al menos lo intentaré. Venga el lunes a los estudios. Le daré mi tarjeta. Ella le servirá de pase para que el vigilante de la puerta le autorice a entrar. Soy Keith Robbins. Me encontrará en el Departamento de Guiones, no tiene pérdida —escribió unas líneas rápidamente en una tarjeta de visita, que tendió a la joven—. El lunes, recuerde, entre diez y once de la mañana. Intentaré que vea a Brandon Stowell. De no ser posible, mi amigo Steve Carlyle, el *cameraman*, le hará una prueba oficiosa, para que yo pueda colársela en su momento al señor Stowell en una proyección cualquiera. Confíe en mí.

—Claro que confío —sonrió ella ampliamente, mirándole con gratitud—. El lunes estaré allí sin falta, señor Robbins. Y gracias.

—No me las dé aún. No hemos empezado siquiera. Tal vez antes de terminar, esté harta de intentarlo.

—Jamás —negó ella, rotunda—. Estoy harta de servir platos de hamburguesas y de salchichas con cerveza, señor Robbins. Haré lo que sea con tal de cambiar de vida.

—He oído eso antes a otras muchas —suspiró Robbins—. Venían tan llenas de ilusiones como usted. Algunas llegaron. Otras, no. Pero ninguna creo que llegase a ser jamás realmente feliz. El mundo del cine no da la felicidad. Más bien la quita, señorita Miller. Pero, como usted dice, sé que hará lo que sea con tal de ser actriz.

—Así es —afirmó con energía—. Sé que valdrá la pena intentarlo.

Antes de aquel lunes fijado para que la joven aspirante intentara escalar la dorada cima del estrellato de Hollywood, ocurrieron muchas cosas en la meca del cine.

Una de ellas, el sábado anterior, fue la boda de Jusko Orlov y Lilian Lake, la más famosa pareja cinematográfica del cine de terror.

La otra, fue la tragedia espantosa que nadie pudo no tan sólo prever, sino ni tan siquiera soñar.

Una tragedia que comenzó justamente con el momento más feliz de la vida de Jusko Orlov: el de su boda con la rubia, resplandeciente Lilian...

CAPÍTULO 3

—Te amo, Jusko...

—Estoy loco por ti, Lilian de mi vida...

Fueron las primeras palabras que pronunciaron, al entrar en el automóvil gris plateado, metalizado, del Jusko Orlov, su lujoso Mercedes Benz último modelo. Se acomodaron los novios ante el volante, mirándose radiantes.

Lilian tuvo problemas con la portezuela al ajustarla. Jusko alargó su mano, asegurándola con un breve comentario:

—Tengo que hacer repasar esa portezuela. A veces se me atasca... Bien, vamos allá. Empieza nuestra luna de miel, querida.

—Olvidemos por unas semanas los estudios, el plató, los maquillajes, el celuloide... —rió ella, jovial, abrazándose a su flamante esposo—. Vamos a ser muy felices, querido Jusko...

Se besaron tiernamente. Las cámaras de los noticiarios y de la televisión, allá fuera, filmaron la escena a través de las ventanas del coche. Lilian tuvo una sonrisa deslumbradora para los reporteros al separar su boca de la de Orlov. Él, sin esperar a más, puso el coche en marcha. Partieron, alejándose de la capilla repleta de gente donde acababa de celebrarse la boda más popular de la temporada.

Detrás quedó la multitud, aclamando a sus estrellas favoritas, las cámaras de cine y TV filmando la partida de los recién casados, rumbo a México, inicio de su luna de miel.

Dentro del vehículo, la novia vestida de blanco se apoyó en el hombro del conductor. Orlov sonrió radiante, mirando de soslayo a la joven esposa. La sonrisa de ella era como en sus películas, la de una mujer joven, ingenua, dulce hasta el idealismo. Tal vez demasiado dulce, demasiado irreal para ser cierta. Pero eso, en sus momentos de felicidad, Orlov no podía ni sospecharlo. Para él, era el momento más feliz de su vida, la cumbre de su existencia como actor, como hombre, como amante.

Había soñado siempre con un momento así. Lilian llenaba sus sueños, sus ilusiones. Muchas veces, filmando escenas de horror donde ella, semidesnuda, esperaba el ataque del monstruo, había llegado a sentir piedad por ella. Y odio por sí mismo, por el repulsivo papel que representaba. A veces esa sensación, esos sentimientos, llegaban a hacerse tan intensos que confundía la realidad y la ficción, la película y la vida real. Y debía hacer un tremendo esfuerzo para recordar que aquello era simplemente una película, que su monstruosidad eran simples postizos y maquillaje, una obra maestra más de Julius Stryker, el genio del Departamento de Maquillajes de la Atlas Productions, y ningún peligro acechaba a su amada Lilian, la mujer de su vida.

Por eso ahora era tan dichoso, tan radiantemente feliz. Al fin era suya, enteramente suya, para toda la vida. Lilian Lake había dejado de serlo para convertirse en Lilian Orlov, la esposa del más célebre actor de terror de todo el cine mundial en esos momentos.

El coche enfiló la carretera fuera de Los Ángeles, en acentuada pendiente, descendiendo hacia el llano. Aceleró, deseando alejarse lo antes posible del ambiente cotidiano para verse sumergido en su nueva existencia de hombre feliz, junto a la mujer soñada. Le apretó una mano calurosamente, conduciendo sólo con la otra.

—Te quiero como jamás quise a nadie, vida mía —murmuró.

—Jusko, mi vida... —suspiró ella, con voz temblorosa, que muchas veces había ensayado ya con éxito en sus películas, logrando emocionar al espectador en su butaca. Y besando el cuello, la oreja de él, añadía con voz insinuante—: Te voy a hacer el más dichoso de los hombres, ya lo verás...

Él tembló, emocionado, confuso. En su mente, el romanticismo y el deseo se fundieron en un solo sentimiento. Carne y alma eran una sola cosa para Jusko Orlov. Deseaba poseer a Lilian, pero también ansiaba saber que ella le amaba. Una sonrisa, una mirada de aquella dulce criatura rubia, era suficiente para conmovérle.

—Jusko, esto va demasiado rápido, ¿no?

Volvió a la realidad. Casi bruscamente. Sí, Lilian tenía razón. Corrían demasiado en aquella pendiente. Y debía frenar algo la marcha. A un lado estaba el litoral, la pendiente rocosa hasta la arena de la playa y el mar suave. A otro, montículos o laderas. Era peligroso conducir así en aquel tramo.

—Cierto —convino—. Reduciré la marcha.

Lo hizo. Al menos, lo intentó. Ocurrió algo extraño. El coche no respondió en absoluto. Siguieron corriendo, deslizándose hacia abajo por la pendiente cinta de asfalto. Orlov arrugó el ceño. Cambió una mirada de sobresalto con Lilian.

—Qué raro —comentó—. Frenaré un poco más. Tal vez el suelo esté resbaladizo...

No había motivo para ello. No había llovido en varios días, el asfalto estaba seco. El coche, sin embargo, seguía adelante. Cada vez más deprisa. Lilian gimió algo entre dientes, señalando la ventanilla.

—¡Jusko, corremos mucho! —se quejó.

Él no dijo nada. Encajó las mandíbulas. Un coche aparecía ante ellos, a velocidad normal. Tuvo que dar un golpe de volante, pasarlo veloz, haciendo sonar el claxon angustiadamente. Al conductor del otro vehículo se le erizaron los cabellos al sentirse pasado por aquel bólico plateado.

—Dios mío, Jusko, ¿qué ocurre? —musitó ella, atemorizada la expresión.

—No lo sé —la voz de él era ronca—. Algo falla. El freno...

Pisó a fondo, aun a riesgo de quedarse clavado violentamente. Nada. El freno no respondía. El pedal se hundió hasta el fondo sin que ocurriera nada. Ahora fue a Orlov a quién se le pusieron de punta los cabellos y sintió un helado frío en su nuca.

—¡Están rotos! —aulló—. ¡Los frenos están rotos, Lilian!

Desesperadamente, manipuló el freno de mano con idéntico resultado negativo. Ninguno respondía. El rostro del actor se contrajo. Su famosa «máscara de carne», como decían los críticos y algunas de las gacetillas publicitarias, se transformó en una mueca de horror y de angustia.

No pensó en sí mismo.

Sólo en ella, en Lilian.

En su vida, en su seguridad.

—Intentaré frenarlo en algún punto adecuado de la carretera —musitó—. Ten cuidado. En cuanto lo frene, salta por la portezuela sin pensarlo.

—¿Y tú? —preguntó ella, con sus azules ojos muy abiertos.

—No te preocupes por mí. Evitaré el choque o la caída, seguro.

Pero lo haré mejor si tú no estás ya en el coche.

Hizo sonar el claxon con desesperación al ver venir hacia ellos a un camión, mientras otro coche aparecía delante, cerrando ambos el camino por completo. Dio otro golpe de volante, se metió suicidamente entre ambos mientras Lilian chillaba, aterrada, forcejeando con la portezuela de su lado.

—¡No responde! —gritó—. ¡No se abre!

Pasaron milagrosamente entre los dos coches, rozando de modo escalofriante al camión, y haciendo girar al otro coche, que se empotró entre unos matorrales violentamente, con agudo chirrido de frenos. El plateado Mercedes Benz siguió su demencial carrera. La rampa se acentuaba allí extraordinariamente, bordeando la playa. La velocidad del coche de los recién casados aumentó aún más, hasta parecer un bólido de metal, centelleando bajo el sol matinal de California.

—¡Noooo! —chilló la novia, forcejeando con la manecilla de la puerta—. ¡Dios mío, Jusko, vamos a matarnos! ¡No puedo saltar!

Frenético, mortalmente lívido, él se precipitó a un lado, intentando abrir la puerta que se atascaba. No lo logró. El coche patinó, a causa de su vertiginosa velocidad, rebotó una de sus ruedas en una piedrecilla caída de una ladera, Orlov intentó suavizar su marcha lo más posible. No lo logró, a causa de la empinada cuesta de la ruta en sentido descendente. Y el coche, inevitablemente, se fue contra la valla metálica que protegía la curva inmediata. No pudo eludir a tiempo el impacto. Tampoco abrirle la portezuela salvadora a Lilian, antes de que fuese demasiado tarde.

El coche reventó la verja metálica y arrancó uno de sus postes con violencia. Por el boquete abierto, se precipitó el plateado vehículo al vacío, dando tumbos. Lilian lanzó un alarido largo, terrible, que retumbó en el interior del cráneo de Orlov como el clarinazo mismo de la muerte. Luego, el coche fue rebotando, golpeándose en las rocas del terraplén, que iban abollando la carrocería como si ésta fuese de hojalata o cartón.

Llegó abajo, cerca de la franja arenosa, sin cesar de dar vueltas de campana. El combustible escapaba por los destrozos del vehículo, hubo un chisporroteo violento... y el Mercedes color plata estalló ruidosamente, en medio de una enorme bola de fuego y

humo, no lejos de la playa californiana, apacible al sol de aquella mañana luminosa y radiante.

Los Estudios estaban semidesiertos cuando el vigilante de la puerta, tras leer la tarjeta de visita que le mostraba la muchacha, le permitió el paso al recinto vallado.

—Hoy no hay rodaje en ningún plato, señorita —dijo con calma el hombre uniformado—. Es por el funeral... Pero en el Departamento de Guionistas sí trabajan, según creo.

Wilma Miller asintió tristemente. Ella misma acababa de llegar de vuelta de los funerales por Lilian Orlov, de soltera Lilian Lake, la ingenua más cotizada del cine actual. Ella había sido enterrada aquella misma mañana en el cementerio de las estrellas, en Hollywood. Su esposo, Jusko Orlov, había estado ausente de la sencilla ceremonia.

Aún permanecía en coma, en estado gravísimo, en un hospital de Beverly Hills.

—Vi al señor Robbins en el funeral —dijo la joven—. Pero estaba demasiado lejos para poderle alcanzar. Hubo toda una muchedumbre para despedir a Lilian Lake...

—Sí, era una actriz muy querida —el vigilante puso cara de circunstancias—. De todos modos, ya no tiene remedio. Saldrá otra nueva estrella, siempre ocurre igual. He vivido tiempos así desde que empecé en este trabajo. He visto morir a Betty Grable, a María Montez, a Judy Garland... Siempre llegó otra para llenar su vacío. Y la difunta pasó a la Historia, a la leyenda del cine. A los mitos de siempre. Como Bogart, como Gable, como Tyrone Power o Alan Ladd...

—Supongo que el público siempre olvida —suspiró Wilma, adentrándose en el mágico mundo de los Estudios cinematográficos—. El espectáculo debe continuar, ¿no?

No le costó dar con el Departamento de Guiones. Una perfecta señalización contribuyó a ello. Era un edificio de dos plantas, que recordaba a uno que viera de niña en una vieja película de la Paramount, «Sunset Boulevard», donde el guionista era otro glorioso desaparecido, William Holden. Dos plantas, estructura alargada, grandes cristaleras y unos setos delante. En la segunda planta halló

a Keith Robbins, guionista de Atlas Productions. Iba en mangas de camisa y se levantó de una máquina electrónica de escribir al verla aparecer a ella.

—Oh, señorita Miller... —saludó cordialmente—. La estaba esperando.

—Llego un poco tarde —sonrió ella—. El funeral estaba demasiado concurrido.

—¿Estuvo allí? No pude verla. Como usted dice, hubo demasiada gente. La mayoría por figurar o por no perderse un acontecimiento, aunque sea funerario. Hollywood es así, ya irá conociéndolo bien con el tiempo.

—Tal vez no debí venir hoy, después de lo ocurrido...

—Claro que sí —sonrió el joven—. Después de todo, como dicen en esta profesión, sólo ha muerto una estrella. Al otro día siempre nace otra.

—¿Y Orlov? ¿Cómo está?

—Muy mal. Pero estará peor si sale de ésta y descubre lo que le pasó a la pobre Lilian. Estaba loco por ella.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así, precisamente cuando acababan de casarse?

—El infortunio no conoce de esas cosas. Llega o no llega, eso es todo. Imagino que pudo haber sucedido en cualquier otro momento. Un fallo mecánico tal vez, no se sabe nada aún. Los restos del Mercedes Benz están en manos de los expertos. Muy destrozados, eso sí. Pero ellos decidirán. Aunque el informe técnico ya no devolverá la vida Lilian. Ni quizás al propio Orlov, que se debate entre salvarse o morir.

—Dicen que quedó muy malherido...

—Mucho. Abrasado, casi irreconocible. Pero cuando menos, con vida todavía. Los médicos están haciendo lo que pueden por él. La última noticia es que había salido del quirófano tras una tercera intervención quirúrgica. Esperemos que sea para bien.

—Y la próxima película, imagino que ya no se rodará nunca...

—Imagina mal. Esto no es poesía, señorita Miller. Es una industria. Fría y deshumanizada como pocas. Buscarán a nuevos actores, nuevas caras.

—¿También para Orlov?

—Mi querida amiga, usted es deliciosamente pura e ingenua —

sonrió Robbins meneando la cabeza—. En el mismo momento en que se supo lo ocurrido a Orlov y su joven esposa, se reunió el alto *staff* de la casa en sesión de urgencia. De esa reunión salió una decisión en firme: si Orlov muere o queda inútil para el trabajo, será sustituido por un nuevo actor, lo mismo que otra actriz, ya seleccionada, suplirá a Lilian Lake.

—¿Se sabe quiénes serán ellos?

—Claro... —Se inclinó confidencialmente hacia ella—. No se lo diga aún a nadie: es una primicia. Se trata de Tallullah Desmond y de Zoltan Sazdy.

—¿Esos? —Wilma hizo un mohín de sorpresa—. Los dos son muy mediocres.

—Veo que entiende de cine —rió Robbins—. Y le aseguro que eso sí que resulta extraño en este mundillo donde nadie entiende de nada. De acuerdo, son dos medianías, pero mi guion saldrá adelante con ellos, mejor o peor. ¿Qué quiere que yo le haga? Sólo soy un asalariado que cobra por un trabajo cotidiano en este departamento, y una paga especial por película rodada. Ahora venga conmigo.

—¿Va a poderme presentar hoy al señor Stowell? —se extrañó ella.

—No, eso no. A estas horas está en el hospital, preocupándose por Orlov, que significa más o menos preocuparse por su taquilla. Pero mi amigo Carlyle le hará esa prueba en un plato.

—¿De veras? —Se iluminó la joven—. Nunca creí que pudiera lograrlo.

—Espere, jovencita, no se ilusione demasiado pronto. Sólo va a filmarle unos metros de celuloide en color y en blanco y negro. Nada más. Que lo vea Stowell será una cosa. Y que le guste y la cite para otra prueba supervisada por él, otra muy distinta. Pero algo es algo, ¿no cree?

—Desde luego. Me bastará con este primer paso, se lo aseguro. Le estoy muy reconocida, señor Robbins.

—Por Dios, deje de llamarme tan horriblemente. Somos amigos, ¿no? Mi nombre es Keith, y me gusta bastante.

—Y el mío Wilma, y tampoco está nada mal —rió suavemente la joven.

—De acuerdo, Wilma. ¿Vamos a esa prueba?

—Vamos, Keith —aceptó ella, risueña, tomándole de la mano

cuando él se la tendió cordialmente.

CAPÍTULO 4

—¿Está seguro de eso, doctor?

—Sí, señor Stowell —afirmó el director del hospital con expresión grave—. Totalmente seguro. El señor Orlov ha superado lo peor. Salvará su vida, a menos que haya complicaciones inesperadas en las próximas horas.

—No sabe el peso que me quita de encima, doctor —suspiró Stowell, contemplando la calle desde el ventanal hospitalario, allá a lo lejos, tras los jardines del recinto clínico—. Hemos invertido mucho en ese hombre para perderlo de golpe así, tras perder a una famosa actriz como Lilian Lake...

El médico le miró pensativo.

Luego hundió las manos en los bolsillos de su bata y habló con calma, eligiendo cuidadosamente sus palabras:

—Un momento, señor Stowell. Tal vez usted no me ha entendido bien. Le dije que Jusko Orlov puede que salve su vida. Tiene un noventa por ciento de posibilidades de que sea así. Pero...

—¿Pero, qué? —quiso saber ansiosamente el productor, mirando alarmado a su interlocutor en ese momento.

—No le he dicho en ningún momento que pueda volver a trabajar en el cine.

—¿Qué quiere darme a entender, doctor? Sea claro, se lo ruego.

—Lo seré. Es mi costumbre en estos casos. Señor Stowell, me temo que el señor Orlov nunca podrá volver a ponerse ante una cámara.

—¿Por qué motivo?

—Por uno muy simple: su rostro está destrozado.

—Dios mío... ¿No es posible operarle? Dicen que la cirugía plástica hace milagros hoy en día.

—Milagros, no. Puede mejorar muchas cosas. Se intentará con él cuando salga de ésta. Pero no garantizo nada. Los daños sufridos en

su cara son demasiado terribles. Quemaduras, cortes, desgarros, deformaciones... Es un auténtico monstruo bajo sus vendajes. Y me temo que seguirá siéndolo durante años, aunque le hagamos diez o doce operaciones faciales. Hay cosas que no tienen remedio.

—Pero... pero él siempre interpretó a seres monstruosos... Se le puede maquillar adecuadamente, a poco bien que quede...

—Me temo, señor Stowell, que no hay maquillador en el mundo capaz de lograr un prodigio semejante. La suya será una faz horrorosa. No habrá postizos capaces de arreglar eso. A menos que quiera usted mostrar a su público a un auténtico monstruo de feria, con la cara más espantosa que jamás imaginó nadie. Sólo que esta vez será de auténtica carne y no de plástico o de goma...

El médico se alejó tras decirle eso. Anonadado, Stowell permaneció apoyado en el ventanal, mirando hacia fuera pero sin ver nada. Incluso el radiante sol era para él como el más tenebroso nublado.

—Desfigurado... Deforme para siempre... Él, el rey de las caracterizaciones, el hombre de las mil caras, la máscara de carne... También es una ironía, una feroz ironía del destino... El monstruo del celuloide, convertido ahora en monstruo auténtico en la vida real...

Lentamente, agotado, con los hombros caídos, Brandon Stowell se alejó por el corredor blanco, aséptico como si acabaran de darle un mazazo mortal.

Ni siquiera se enteró cuando, al pasar cerca de dos agentes de policía que montaban guardia en el vestíbulo, uno comentaba al otro, tras haber atendido una llamada telefónica:

—Es realmente increíble, Pat... ¿Sabes lo que acaban de decirme desde el Departamento? Que ese pobre actor, Orlov... el que sufrió el accidente de coche recién casado, hallando la muerte su esposa, ha sido víctima sin duda de una maquinación criminal por parte de alguien. Sí, Pat. Según parece, los técnicos han descubierto que la avería en los frenos de su Mercedes fue provocada y no accidental...

—Provocado... ¿Qué es lo que ha dicho?

—La verdad, señor Orlov. Una dolorosa y dura verdad. Hemos comprobado todo cuidadosamente, antes de informarle de ello,

créame. No hay margen posible para el error.

—Pero... pero eso no tiene sentido —jadeó la voz bajo los vendajes que envolvían casi por completo la cabeza del paciente.

El capitán Sanders, de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles, movió afirmativamente la cabeza. Tras una breve pausa, admitió:

—Es lo mismo que pensamos nosotros cuando nuestros expertos, tras examinar los restos calcinados del coche en el laboratorio policial, dictaminaron sin lugar a dudas el hecho gravísimo de que no había nada accidental en el suceso. Se había vaciado el líquido de frenos y habían manipulado tanto el freno de pie como el de mano. En cuanto el coche tomara una bajada empinada, el resultado no podía ser otro que la catástrofe, como así ocurrió. Una mano criminal fue la que manipuló su automóvil, señor Orlov, con la clara intención de asesinar a ambos, a su esposa y a usted.

—Lilian... Dios mío... —Eran palabras roncadas, quebradas, las que escapaban por las rendijas de las vendas que rodeaban la boca del herido—. Ella ha muerto... ¿Por qué sigo yo con vida? ¿Para qué, si ella me falta ya para siempre? El mismo día en que era mía, en que la había convertido en la señora Orlov, tuve que perderla. ¿Quién pudo ser tan vil, tan miserable?

—Por eso estoy aquí, señor Orlov —suspiró el policía pacientemente, paseando por la estancia hospitalaria donde se alojaba desde el accidente el famoso actor cinematográfico—. Para tratar de llegar al fondo de la cuestión y que el culpable pague su delito.

—¿Cómo puedo yo ayudarle?

—Lo ignoro, pero es el más indicado para hacerlo, ahora que sólo queda usted con vida de la feliz y breve pareja que formaron durante unas horas. El que lleva a cabo una acción criminal semejante ha de tener por fuerza un motivo para ello. Usted o la señora Orlov debían tener enemigos personales, gente que les odiara lo suficiente para querer matarles.

—No lo creo —susurró Orlov, hundiendo su vendada cabeza entre los hombros—. No, no puedo creerlo. ¿Quién podía querer mal a Lilian? Tal dulce, tan delicada, tan pura y hermosa...

Sanders arrugó el ceño mirando a su interlocutor. Podía haberle respondido a eso que Lilian Lake podía ser cualquier cosa menos dulce y pura. Cuando menos, no eran ésos los informes que tenía

sobre su persona. Pero comprendía el dolor de un hombre maduro, enamorado súbitamente de una mujer joven y atractiva, a quién pierde en trágicas circunstancias, y optó por callar, eludiendo tocar ese tema.

Tras un breve silencio, aventuró la cuestión en que estaba pensando:

—Entonces, es posible, señor Orlov, que quisieran solamente matarle a usted. Por tanto, ha de existir un enemigo en su vida...

El actor miró al policía. Sus expresivos ojos brillaron tras las vendas, a través de las dos ranuras abiertas al efecto en la envoltura de gasas blancas.

—¿Odiarme a mí? —Se encogió de hombros—. No lo sé. Es posible que haya gente que me envidiase o me tuviera aversión por algo, no puedo decirle ningún nombre. En nuestra profesión hay de todo. Pero jamás supondría que nadie planeara matarme a sangre fría por ninguna razón concreta. No creí tener enemigos tan declarados, la verdad.

—Pues los tiene, señor Orlov. Y mi tarea es dar con ellos. Hábleme de ciertas personas de su entorno, con las que no sólo usted, sino también su difunta esposa, tuvo una relación más bien directa. Brandon Stowell, el productor.

—Stowell pierde mucho con Lilian y conmigo. Es un hombre de negocios, nosotros éramos su mejor inversión. Imposible que él pueda ser siquiera sospechoso. Además, nunca tuve con él otros roces que los que se producen lógicamente en el mundo del cine por cuestiones profesiones o económicas.

—¿Y la señora Orlov?

—Él la descubrió como estrella. Trabajaba en un musical de corista. Stowell se fijó en ella y le dio una oportunidad para filmar un breve papel en una de mis películas de terror. Resultó tan bien, que la elevó a la categoría de protagonista.

Sanders se mordió el labio, haciendo unas anotaciones en su agenda. Tenía una versión muy diferente de la forma de llegar arriba de la antigua camarera de restaurante. Pero no era cosa de exponérsela ahora a Orlov.

—Entiendo. Sigamos con otro nombre: Forrest Wayne.

Orlov tuvo un leve estremecimiento. Sanders captó la leve crispación de sus manos, también vendadas, sobre los brazos de la

silla de ruedas con la que Orlov estaba obligado a desplazarse por la planta del hospital.

—Ese cerdo... —jadeó el herido—. Un mal actor. Un galancete de poca monta. Pero se cree insustituible como héroe de las películas. Mala persona, pero le creo demasiado cobarde para intentar siquiera causar daño a nadie.

—Tengo entendido que tuvo alguna relación con Lilian Lake, su esposa...

—¡Mentira! —rugió Orlov, golpeando iracundo los brazos de la silla—. ¡Todo una burda mentira de la gente chismosa de esta ciudad! Pretendió a Lilian, es cierto. Pero ella lo rechazó.

El oficial de Homicidios no dijo nada. También conocía una versión de los hechos mucho menos romántica que aquélla. Lilian Lake había vivido como amante del joven Forrest Wayne durante algún tiempo. Luego, ella le dejó por Orlov.

Se decía que el dinero de éste y no su atractivo físico habían hecho cambiar de sentimientos a la ingenua del pelo rubio.

—Tallullah Desmond —prosiguió imperturbable el policía.

—Es una actriz vulgar, mediocre, demasiado agresiva de físico. Se cree alguien. Soñaba siempre con llegar a suplir a Lilian Lake. Tal vez ahora lo logre, pero nunca servirá para gran cosa.

—¿Cómo se llevaba Tallullah Desmond con usted?

—Mal. Es insidiosa y está llena de un orgullo equivocado. No la soporto.

—¿Y con su esposa?

—Peor. Lilian sabía que la envidiaba. A veces discutían agriamente. Pero eso sucede a menudo en nuestro mundillo, capitán. No era nada importante, nada que pueda conducir al crimen.

—Eso, nunca se sabe —suspiró Sanders—. La mente humana suele ser una incógnita demasiado profunda a veces. Sigamos. ¿Qué me dice de Zoltan Sazdy?

—¿Mi posible sucesor actualmente en los planes de la Atlas? —Una áspera carcajada despectiva escapó de la oculta boca del paciente—. Horrible. El peor actor que se pueda imaginar. Todo tendrá que hacerlo a base de maquillaje. No tiene expresión, no vale nada. No entiendo cómo han podido pensar en él para ocupar mi puesto. Pero será cosa de un día. Volveré al trabajo y le barreré de

nuevo. No existe competencia posible entre él y yo.

—Pero a él le beneficia mucho que usted desaparezca de escena, señor Orlov. ¿No podría ser ése un buen motivo para el crimen?

—Esa sabandija no puede haber pensado en algo tan espantoso. No le creo capaz.

—Pero sería posible, ¿no? Él gana con su desaparición, con su muerte.

—Vistas así las cosas, puede ser. Pero sigo pensando que Szady no haría tal cosa.

—Julius Stryker —siguió apaciblemente el policía.

—¿Mi maquillador? Es un gran tipo. Hace maravillas con mi rostro. Un buen amigo y un colaborador excelente. Descartado en absoluto.

—Bien. ¿Steve Carlyle?

—El cámara. Excelente profesional. A veces tuve con él disputas por filmar erróneamente alguna escena en que yo intervenía. Nada especial, luego lo olvidábamos ambos, son cosas producidas por los nervios durante el rodaje.

—¿Stella Dexter?

Orlov rió burlonamente.

—Una zorra —dijo—. Se acuesta con todo el estudio. Creo que sufre de ninfomanía. Una vez la encontré desnuda en mi camerino, esperándome tumbada en el sofá. La arrojé de allí con cajas destempladas. Nunca me han atraído las ramerías. Me gusta ser yo el que elige a una mujer y la corteja.

—Entiendo. ¿Qué tal se llevaba con Lilian Lake?

—Mal. Lilian la despreciaba. A veces disputaban por la falta de seriedad profesional de la Dexter. Pero tampoco era una enemistad seria, la verdad.

—Acabemos ya: el director de sus películas, Roger Byrne. Y el guionista, Keith Robbins.

—Roger Byrne es un buen profesional. No es un genio como realizador, pero sabe darles a las películas de terror un cierto toque maestro. Creo que nadie lo haría como él. Nunca tuvimos nada serio a discutir. Ni tampoco con Lilian. Sabía sacar de ella todo el provecho posible. En cuanto a ese joven, Robbins, es un escritor con porvenir. Sabe manejar temas muy manidos dándoles cierto aire de originalidad. Un buen chico, además. Jamás tuve con él el menor

roce. Si le hacía alguna sugerencia sobre determinada escena, me escuchaba con respeto y solía aceptar mis consejos.

—Creo que es todo —suspiró Sanders, cerrando su agenda—. La verdad es que no me ha ayudado mucho, señor Orlov.

—Lo siento de veras, capitán. Quisiera hacerlo de tal modo que, apenas salir de aquí, diera usted caza a ese miserable asesino. Pero me siento impotente para ayudarlo. No sé nada, no entiendo nada, no comprendo cómo pudo ocurrir, quién llegó a planear tan monstruoso crimen. Si al menos hubiera parecido yo y estuviera viva mi amada Lilian...

—Comprendo su dolor, señor Orlov. Pero el azar o el destino han querido que fuese así, y nada podemos hacer ni usted ni yo para remediarlo. Espero que si se acuerda de algo que pueda sernos útil en la investigación, me llame para informarme de ello. Aquí tiene mi tarjeta, señor Orlov. Y espero que pronto pueda abandonar este hospital y reintegrarse a su trabajo. Le confieso que, personalmente, he disfrutado mucho con sus películas. Anoche vi, por cierto, su último filme, «La sombra de Drácula». Estuvo magistral.

—Gracias, capitán —dijo Orlov halagado, recogiendo la tarjeta de visita del policía con su vendada mano—. Yo también deseo volver cuanto antes a los Estudios, aunque me temo que la película sobre Jekyll y Hyde la hará definitivamente Szady. Su acento húngaro y su aire eslavo han convencido a Stowell de que es el mejor para sustituirme. ¡Como si eso fuera todo para ponerse ante una cámara a llenar el vacío dejado por Jusko Orlov!

—¿Es cierto que tiene que sufrir varias intervenciones aún?

—Sí, lo es. Cirugía plástica. He sufrido algunos daños en manos y rostro, que los cirujanos deben arreglar. Será un proceso lento y difícil. Estas cosas requieren tiempo. Pero espero regresar a la pantalla con una nueva versión del tema del hombre-lobo. Me lo dijo el otro día por teléfono Keith Robbins. Está trabajando en ese guion actualmente, mientras termina el de Jekyll y Hyde.

—Suerte entonces, señor Orlov. Espero verle pronto en las pantallas. Será un gran día para mí y para muchos de sus admiradores, aquél en que lea que ha regresado a los Estudios.

Abandonó la estancia, dejando solo al actor. Éste guardó la tarjeta del policía. Luego, calmamente, hizo rodar su silla hasta

situarla ante el espejo de la habitación.

Se miró en él.

Alzó sus manos vendadas, tocó los vendajes que envolvían su rostro y cabellos.

—Dios mío, espero que esto resulte bien —murmuró—. Tengo miedo... Tengo miedo de que mi rostro resulte dañado. Esta vez no se trata de una caracterización más. Es mi propia cara la que está en juego...

CAPÍTULO 5

Los vendajes cayeron del rostro.

Los cirujanos se miraron entre sí, bajo el cegador chorro de luz de la lámpara del quirófano.

—Dios, es horrible... —jadeó uno de los médicos. El sudor perló su frente, bajo el gorro y la mascarilla verdes de cirugía.

El otro asintió, demudado.

Realmente, no resulta una experiencia agradable ver a aquella luz lo que las vendas acababan de dejar a la vista. Todos los pronósticos sobre el estado actual del rostro de Jusko Orlov quedaban pálidos ante la cruda realidad.

La faz del actor era una informe masa de carne lívida, arrugada, deforme, cubierta de cicatrices, llagas, quemaduras profundas y deformaciones monstruosas. Había perdido totalmente un pómulo y un párpado. El ojo aquel brillaba opaco, descubierto siempre, como un globo de vidrio suspendido entre nervios y tejidos, en un agujero sanguinolento. Aunque estaba bajo los efectos de la anestesia, parecía tan despierto como antes de entrar en el quirófano.

Por si eso fuera poco, había perdido casi todo su cabello. La cabeza era una pura llaga, con mechones de pelo suelto, chamuscados por el fuego, y a través de su piel, blanquecina y tirante, era visible la bóveda craneal. Los dientes parecían tener una eterna mueca sonriente, pero eso era sólo a causa de la ausencia de labios. Éstos, abrasados y destruidos, brillaban por su ausencia, dejando en su lugar un alargado agujero en el que se veían las encías llagadas y los dientes, algunos de estos quebrados por la dureza del impacto de Orlov al salir despedido del coche en llamas por su propia portezuela, cuando dio el último golpe contra las piedras del litoral, segundos antes de volar el vehículo hecho pedazos incandescentes al inflamarse la gasolina.

El conjunto de todo aquello provocaba escalofríos. El rostro

antes aristocrático, anguloso y señorial, de Jusko Orlov, el actor eslavo, era ahora una horrenda máscara carnosa de forma repugnante, la cara de un monstruo que ningún maquillador del mundo, por experto que fuese en la materia, podría no ya superar, sino ni tan siquiera imitar lejanamente.

—Me temo, doctor, que no vamos a poder hacer nada por este desdichado... —susurró el cirujano jefe hablando a su ayudante.

Éste movió la cabeza, afirmativo.

—No existe cirugía plástica en el mundo capaz de devolverle no ya un rostro normal sino ni tan siquiera una facciones aceptables, que permitan a la gente mirarle sin horror.

—De todos modos, es preciso intentarlo, ¿no cree?

—Para eso estamos aquí, pero no nos hagamos ilusiones. Tal vez algunas de esas cicatrices o llagas desaparezcan. Pero de todos modos, el resultado final será desolador para él. Este hombre jamás volverá a ponerse ante una cámara... a menos que pudiera interpretar al único monstruo que jamás encarnó en la pantalla: él mismo...

Los bisturíes comenzaron, pese a todo, su delicada, ímproba tarea en aquella masa informe y repulsiva. El ojo saltón, sin párpados, de pupila dilatada, parecía mirarles fijamente a todos desde la mesa de operaciones, en una muda acusación a su impotencia como cirujanos.

Era el primer intento por devolver a aquel desdichado su apariencia normal. Hubo muchas más operaciones posteriores, a cual más larga y complicada.

El resultado final, cuando ya se le informó de que no se le podía intervenir ni una sola vez más, estuvo a la vista de todos al despojar al paciente de sus vendas.

Jusko Orlov exigió un espejo donde mirarse cuando le arrancaran los vendajes definitivos. Tuvieron que proporcionárselo.

Apenas se contempló en el azogado cristal, un alarido de horror, de cólera y de rabia infinitas brotó de aquella boca sin labios, que parecía sonreír eternamente en una espantosa mueca.

Los médicos tuvieron que dar una orden a los enfermeros mediante una rápida mirada. A Orlov se le inyectó una fuerte dosis de sedante. Pero aun así, hasta caer dormido bajo los efectos de la droga, sus alaridos inhumanos resonaron durante varios minutos en

los corredores del hospital.

Era el grito animal, irracional, de un ser que acababa de encararse consigo mismo, perdida ya toda esperanza de volver a ser una persona normal. Era el alarido desgarrador de un hombre que acababa de descubrir que, a partir de ahora, sería un auténtico monstruo de pesadilla durante el resto de sus días.

Y ahora no se trataba de una obra de maquillaje de Julius Stryker. Ya no era una mascarilla de goma o de plástico para aterrorizar al público.

Era su propio rostro. Era su máscara de carne, para llevarla de por vida.

—Pobre Orlov... —Keith Robbins movió pesadamente la cabeza, con su mirada fija en el exterior a través de la ventana de las oficinas del Departamento de Guiones en los Estudios Atlas. Luego se volvió a Wilma Miller con gesto apesadumbrado—. Lo ha perdido todo. Absolutamente todo: su esposa, su carrera, su faz... Ya no puede volver al trabajo. Su rostro da espanto verlo. Y él lo sabe.

—Dios mío, qué gran desgracia —se lamentó la joven—. Toda una vida destrozada, además de la pérdida de su esposa...

—Así es, Wilma. Hemos perdido de golpe a las dos figuras más taquilleras de la productora, como repite siempre Stowell en su papel de buen comerciante, pero yo diría que lo que hemos perdido son dos buenos profesionales y dos personas que eran amigas y compañeras. Eso es lo que realmente duele. Pero este negocio no tiene entrañas. Ya he visto ensayando las primeras escenas de rodaje a Tallullah Desmond y a Zoltan Szady, en el set número cinco.

—¿Qué tal lo hacen?

—Regular —Keith se encogió de hombros—. Ninguna es nada notable, pero estaban esperando esa oportunidad como el maná. Ahora creo que serán felices ambos, importándoles muy poco que su actual éxito signifique la ruina de un hombre y la muerte de una mujer. Ellos sólo piensan en sí mismos, como la mayoría en esta profesión sin entrañas que es el cine.

—Casi me convences para que deje todo esto —musitó la joven, pensativa, viendo lloviznar ligeramente sobre los setos que

rodeaban el edificio de guionistas, en aquella mañana desapacible y nubosa que había iniciado un cambio climatológico en el suave otoño de Los Ángeles.

—No todo es así, ciertamente. Pero aquí sólo llega arriba el que no tiene escrúpulos ni quiere a nadie. Tenlo en cuenta para cuando debas lanzarte al asalto final.

—Por Dios, no hables así, Keith. Nunca sería capaz de pasar por encima de nadie para llegar ningún sitio.

—Entonces, no tienes mucho que hacer aquí, por grande que sea tu valía. Ah, por cierto, he logrado que Stowell vea esas pruebas tuyas.

—¿De veras? —Se ilusionó de repente la joven, mirándole esperanzada.

—Sí. Le gustaron. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Tiene la mente en cien sitios a la vez. De todos modos, hay un papelito en la próxima película que trataré que sea para ti, si cojo a Stowell de buen humor y nuestro realizador, Byrne, está de acuerdo. No es gran cosa, sólo tres o cuatro escenas y unas pocas líneas de diálogo, pero algo es algo para empezar. No te prometo nada por el momento, pero si te llamo un día de éstos a tu apartamento, significará que son buenas noticias, Wilma.

—¿Cómo agradecerte todo lo que haces por mí, Keith?

—Somos amigos, recuerda —sonrió él—. Las amistades son para algo, ¿no?

—Supongo que sí. Gracias por todo, Keith. Alguien me dijo que tuviera cuidado, que nadie haría por mi cosa alguna a cambio de nada. Y tú, en cambio...

—Es posible que un noventa por ciento de gente de por aquí sea como dices. Por fortuna, tuviste la suerte de tropezarte con un tipo que no gusta de esas transacciones.

—¿Sabes una cosa, Keith? Eres adorable —confesó ella espontánea. Y se empinó, besando los labios del joven guionista.

Robbins la miró, sorprendido. Luego alargó sus brazos. La tomó por los hombros. Ella se dejó manejar, se apretó contra él. Volvieron a besarse, esta vez largamente. De pronto, algo brusco, Keith la apartó de sí.

—No, no —dijo con firmeza—. Nada de agradecimientos, Wilma. No así.

—Keith, no es gratitud ahora... —susurró ella, enrojeciendo deliciosamente, como la primera vez que se encontraron en la fiesta de preestreno.

Él la miró con fijeza. Creyó entender. Los firmes senos de la muchacha palpitaban con fuerza bajo la blusa. Tenía los labios entreabiertos, los ojos brillantes.

—Wilma... —susurró.

—¿Sí, Keith? —musitó ella en respuesta.

—No aceptaría ni un solo beso tuyo a cambio de mi ayuda en ese trabajo tuyo probable. Pero esto es diferente...

Volvió a rodearla con sus brazos. Ella suspiró, aferrándose al joven.

Sus bocas se encontraron, con avidez, apasionadamente.

Temblaron sus cuerpos, prietamente abrazados.

Fuera, la llovizna se generalizaba, mientras el día se tornaba triste y plomizo.

—Es cuanto puedo hacer, señor Stowell. La cara de Sazdy no es la de Orlov.

—Por fortuna para nosotros, Stryker —resopló el productor—. Me refiero a su cara de ahora, por supuesto, no la de antes. Pero ese maquillaje no me gusta.

—Ya le he dicho que no es igual trabajar con Sazdy que con Orlov. Es menos dúctil de facciones, sus rasgos son más duros. Nunca podremos lograr caracterizaciones como las de Orlov, quíteselo de la cabeza.

—Pero esa escena, la primera de la transformación de Jekyll en Hyde debería ser más impresionante, más espectacular. Un verdadero impacto para el espectador, Stryker.

—Lo sé, señor Stowell. Byrne me ha dicho lo mismo. Pero no puedo hacer milagros. ¿Por qué no llama a Orlov otra vez? Con su cara actual, seguro que aterroriza a todo el país nada más salir en esa escena. Dicen que es algo espantoso.

—Eso no tiene gracia ni siquiera como broma, Stryker —se irritó Stowell, mordisqueando su cigarro con rabia—. Orlov sufre una auténtica tragedia tras otra. Además de perder a Lilian en ese horrible crimen, ahora se ve alejado para siempre de lo que era toda

su vida: el cine. Ha decidido encerrarse en su vieja casa de Sunset Boulevard. Nadie le ve ahora fuera de esos muros, ni de día ni de noche. Le llevan los alimentos y los dejan en la puerta. Luego pasan a recoger la cesta con el dinero. Y así siempre. Nadie puede verle. Es como enterrarse en vida.

—¿Es esa casona que dicen que fue antes de otro actor del cine de terror antiguo, que murió loco entre sus muros, pensando que era todos los monstruos que había interpretado en la pantalla?

—La misma, sí. Es una mansión superviviente del viejo Hollywood de los grandes mitos. Un lugar sombrío y destartado, aunque un día fue lujoso y señorial. Me temo que en esa casa, Orlov acabe por volverse loco, si no le ha vuelto ya la doble tragedia de su vida. Por eso no me gustan las bromas sobre él. Procura hacer algo mejor para Sazdy, esfuérzate todo lo posible, Stryker.

—Lo intentaré —el maquillador meneó la cabeza—. Pero me temo que sea inútil. No se puede trabajar a gusto con una cara como la de Sazdy, cuando se está habituado a hacerlo con la de un hombre como Orlov.

—Lo sé. Pero será mejor que vayas olvidando a Orlov. Ya no pertenece a nuestro mundo, me temo.

Salí del Departamento de Maquillaje, encendiendo de nuevo su cigarro con gesto contrariado. Julius Stryker, el mago de la caracterización de los Estudios Atlas, se quedó mirando la mascarilla de plástico creada para Zoltan Sazdy, arrugó el ceño, y luego estrujó entre sus dedos la pieza, tirándola irritado a un cesto.

—Vamos allá —rezongó—. A ver si es posible hacer milagros, maldita sea...

Estaba llegando ante su mesa de trabajo, repleta de horripilantes muestrarios de máscaras, cabezas, garras y otros postizos para los monstruos de la casa, cuando una voz le llamó desde el corredor.

—¡Stryker, te llaman por teléfono! Es urgente, según han dicho.

—Lo que faltaba —gruñó, consultando su reloj con disgusto—. ¿Quién diablos me molestará ahora?

Se quitó su delantal, manchado de los materiales que usaba para crear sus obras terroríficas, y caminó hasta el supletorio más próximo. Lo descolgó.

—Stryker al habla —dijo—. ¿Quién llama?

Una voz distante, profunda, que parecía surgir del mismo fondo

de la tierra, resonó huecamente por el auricular:

—Julius, soy yo, Orlov.

—¡Orlov! —exclamó el maquillador, sorprendido—. Me alegra oír su voz. ¿Cómo se encuentra?

—¿Cómo quieres que me encuentre? —La voz era un murmullo frío, monocorde—. ¿Puedes venir esta noche a mi casa?

—¿A su casa? —Stryker torció el gesto, recordando la vieja, vetusta mansión de Sunset Boulevard, digna de los tiempos del cine mudo—. ¿Para qué, amigo mío?

—Deseo encargarte un trabajo especial. Algo digno de ti. Es muy importante para mí, Stryker. Sólo confiaría en ti para esa tarea. No será solamente un favor, por supuesto. Te pagaré por ello diez mil dólares.

El maquillador trató de dominar su sorpresa. De nuevo consultó su reloj.

—Tengo tarea aquí —dijo—. Mucha tarea, Orlov. Caracterizar a Sazdy no es tarea fácil.

—Lo supongo —rió sordamente la voz del autor—. ¿Cuándo crees que terminarás?

—No sé. Bastante tarde. Sobre las ocho o las nueve diría yo.

—Bien. Te espero a las diez en punto. No faltes —y colgó, sin esperar a más.

Stryker también colgó con lentitud, la mirada perdida en el vacío. Regresó a su estudio pensativo. Era una llamada extraña, pensó. No le gustaba la idea de ir en plena noche a casa de Orlov. Pero tampoco podía negarle su ayuda a un viejo compañero en la situación por la que estaba pasando.

Aquella noche, minutos antes de las diez, su coche se detenía ante la verja del número 2008 de Sunset Boulevard, frente a una alta verja y un jardín descuidado y frondoso. Al fondo, en un muro vetusto, oscuro y pesado, se veía brillar luz tras un ventanal de vidrieras emplomadas.

Tiró de la cadena del llamador. Distante, le llegó un apagado repicar de campanilla, rebotando de muro en muro tétricamente, como si la casa estuviera vacía.

—No me gusta esto —murmuró hablando consigo mismo—. Pobre Orlov. Puede acabar rematadamente loco en un lugar como éste. Parece más un panteón que una vivienda...

La puerta de la verja se abrió mediante algún control remoto. El chirrido del metal oxidado le recordó el ruido de un féretro al abrirse. La idea le hizo estremecer levemente. Luego, recordando que Jusko Orlov no era ningún monstruo de la pantalla, sino simplemente un actor, un compañero en apuros, sometido a una fuerte depresión psíquica, se armó de valor y cruzó el umbral, pisando la hojarasca seca del jardín, mojada ahora por la persistente llovizna que duraba desde aquella misma mañana.

Sus pasos le condujeron a través del desolado, lúgubre jardín desatendido, hasta la puerta misma de la casa, entreabierta, y mostrando una tenue luz amarillenta en su vestíbulo.

—Pasa —sonó la voz profunda, en algún lugar de la mansión, tras aquella puerta a medio abrir—. Estás en tu casa, Stryker, amigo.

Respiró con fuerza. Era la voz de Orlov, sin duda. Sonaba grave, crispada, como en los más dramáticos momentos de su carrera interpretativa. Sólo que ahora no estaba interpretando. Aquello no era un plató, ni una escena de película. Era su propia vida, hundida por un destino adverso. O una mano criminal desconocida.

—Buenas noches, Orlov —saludó, adentrándose en la casa.

Se encontró en el vestíbulo, amplio y amueblado a la antigua usanza. Pesados muebles, lámparas grandes y complicadas, de vidrios esmerilados, una escalera al fondo, con vidrieras de colores como una iglesia. Altos techos, muros empapelados, muchos de ellos con manchas de humedad.

El aire olía a vejez, a moho, a humedad y abandono. Pero nada de eso parecía importar demasiado a su único ocupante. Pudo verle allá, frente a él, embutido en una larga bata de lana color oscuro. Estaba a contraluz, de modo que su rostro no era visible y sólo se recortaba su silueta contra el resplandor de una lámpara de vidrios amarillos, encendida tras él.

—Buenas noches, Stryker —saludó en respuesta el actor—. Ven conmigo. Iremos al salón. Supongo que no tendrás miedo...

—¿Miedo? —rió el maquillador—. ¿De qué o de quién, amigo mío?

—De esta casa. O de mí.

—¡Qué tontería! Sabe que no tengo miedo de nada. ¿Cómo podría, entonces, elaborar esas horribles máscaras en mi estudio?

—Esto es diferente. Entre estos muros enloqueció y murió un hombre enfermo que se creía Drácula, Frankenstein o el Hombre-Lobo. Y mi rostro, ahora, no es mucho mejor que la peor de tus máscaras. Sólo que la mía es una máscara de carne, no de plástico.

—Sé todo eso. Y lo siento de veras, Orlov. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Lo vas a saber enseguida. Sígueme.

Le siguió. Una puerta corrediza se abrió a un lado del vestíbulo. Penetraron por ella en un gabinete, mitad *living*, mitad biblioteca, tan vetusto y triste como el resto de la casa. Altas estanterías de nogal repletas de libros viejos y polvorientos, muebles oscuros y pesados, luces tamizadas, de un amarillo espectral...

Contempló la alta, majestuosa figura del actor, moviéndose pausada hasta el hogar donde ardían unos chisporroteantes leños. La casa parecía carecer de todo tipo de calefacción, salvo aquella chimenea. Todavía no había visto la faz de su amigo. Sólo su elevada figura, todavía arrogante, apoyándose en un bastón largo, negro, de empuñadura de plata, que sujetaba con fuerza su mano enguantada. Ambas manos llevaban guantes negros. Stryker creyó recordar entonces que el accidente provocado había dejado también desfiguradas las manos del actor. Ahora, éste cojeaba levemente, tal vez también a causa de las lesiones sufridas en el siniestro automovilístico.

—Te preguntarás por qué te hice venir —dijo pausadamente Orlov sin volverse.

—Pues sí, la verdad. No esperaba su llamada.

—No llamo a nadie. Nadie viene a verme ni es admitido aquí —cortó bruscamente el actor—. Sólo tú eres la excepción.

—Muy honrado, amigo mío. ¿Qué espera de mi exactamente?

—Siéntate, por favor. Lo sabrás de inmediato. ¿Una copa de algo? ¿Brandy, Oporto, *whisky*?

—Brandy, por favor —aceptó Stryker, sentándose en un sillón tapizado de rojo oscuro, sintiéndose cada vez más incómodo en aquella lúgubre mansión.

En silencio, Orlov fue hasta un viejo mueble-bar. Sirvió una sola copa. La dejó sobre un mueble, sin volverse todavía. Stryker fue a por ella, mientras el rostro del actor permanecía vuelto hacia el fuego en todo el tiempo.

Probó la bebida. Era un buen *brandy* francés. Chascó la lengua, sintiéndose algo más entonado. Regresó a su asiento antes de hablar:

—Estoy dispuesto, Orlov. Me pregunto qué estará en mi mano para hacer en su favor.

—Lo único que tú sabes hacer bien —dijo el eslavo con voz profunda, de huecas inflexiones—. Algo para cubrir esto.

Se volvió bruscamente, girando al tiempo el interruptor de una luz. Una lámpara junto a él se encendió, iluminando crudamente su rostro.

Fue demasiado para Stryker. No pudo evitar una exclamación de horror.

La copa de excelente *brandy* escapó de su mano, rodando por la raída alfombra.

—Dios mío... —jadeó el maquillador, aterrado ante aquella visión.

Había motivos para su horror. La luz, con violencia estremecedora, revelaba cada rasgo informe de aquella masa carnosa repulsiva y torcida, en la que destacaba un solitario ojo saltón, sin párpados, entre costurones, junto a otro ojo normal. Y una boca en la que la cirugía plástica había fracasado lamentablemente al pretender injertarle carne y piel allí donde no existían ya los labios. Era como ver sonreír eternamente a una calavera humana de carne, a piltrafas extendidas sobre el hueso. La piel, tirante y lívida en algunos puntos, era rugosa y deforme en otros. El cuero cabelludo era una piel brillante, translúcida, salpicada de mechones quemados de pelo que nunca volvería a crecer.

—¿Lo ves, amigo mío? —rió sordamente Orlov—. Hasta tú, habituado a tantos horrores artificiales, te aterras ante lo que estás viendo. Ésta es mi auténtica faz ahora, el rostro del espanto que nadie puede ver cara a cara sin sentir escalofríos. Y esta vez no es una simple caracterización, un papel ante las cámaras. Esta vez es para siempre. Es mi rostro de por vida.

—Lo... lo siento, Orlov. No debía reaccionar así. Fue una torpeza por mi parte. Pero me pilló tan de sorpresa...

—No tienes que disculparte —aquella cara carecía totalmente de expresión, no podía reflejar más emociones que las que marcaba el

fulgor de su horrendo ojo sin párpados, casi colgando sobre la faz monstruosa. Me he visto a mí mismo y he sentido el mismo pavor que tú. ¿Sabe alguien que has venido esta noche a mi casa?

—No, nadie en absoluto. Pensé que no tenía por qué explicarlo.

—Hiciste bien —suspiró Orlov—. Es mejor que nadie sepa nada de esto. Te hablé de diez mil dólares. Aquí los tienes. Stowell no te paga nunca tan bien, ¿verdad?

Sacó de su bata un fajo de billetes de cien dólares, flamantes, sujetos por una banda de papel engomado con el sello de un banco. Los puso sobre la mesa, ante su visitante.

—¿Diez mil dólares a cambio de qué, Orlov? Somos amigos, si necesita un favor no tiene que pagarme por él...

—Es que el favor es profesional. Y todo profesional debe cobrar su trabajo. El tuyo especialmente, puesto que es tan delicado y difícil. ¿Comprendes ahora lo que quiero de ti, Stryker?

—No habrá pensado en...

—¿Una mascarilla? —La risa que brotó de aquella boca sin labios, sonó cloqueante, sarcástica—. Eso es, justamente, lo que quiero de ti. Tú, habituado a crear facciones monstruosas, ahora no tienes necesidad de hacerlo. Todo tu arte no hubiera sido capaz de imaginar tanta fealdad como ésta. Por tanto, necesito lo contrario de lo que tú hacías para mí en los Estudios: una máscara. Pero esta vez normal. El rostro de alguien a quien se pueda mirar de cara. No te pido que me hagas una copia de mi antiguo rostro, no. Me conformo con un rostro cualquiera, modelado en plástico, que pueda adherir sobre mi verdadera cara. Provisto de una peluca que oculte el horror de mi cráneo abrasado. Y unos guantes de plástico, imitando la carne humana, para mis pobres manos destruidas...

Se despojó de sus guantes. Horrorizado de nuevo, Stryker se encaró con otra muestra pavorosa del efecto del atentado sobre aquel desdichado. Eran manos cubiertas de llagas y deformidades, con dedos sin uñas, rugosos y torcidos como garras de un ave siniestra.

Algunas partes de ambas manos mostraban el hueso bajo la piel tirante, totalmente descarnadas.

—Fue horrible, Orlov —musitó, compadecido.

—Lo fue, sí. Y el maldito asesino que provocó todo esto, sigue vivo por ahí, en alguna parte, riéndose de mi tragedia... mientras la

adorada Lilian reposa en el cementerio y yo consumo mi vida tristemente, lejos de todo y de todos... ¿Podrás hacerme esa mascarilla y esos guantes, Stryker?

—Cuenta con ello —afirmó él, rotundo—. Lo tendrá lo antes posible, Orlov, se lo prometo. Y no tiene que pagarme nada por ello.

—Ah, eso no. O aceptas el dinero, o no hay trato —sostuvo con firmeza Orlov, empujando con su bastón el fajo de billetes hacia Stryker—. Es parte del trato.

—Está bien —resopló el maquillador recogiendo el dinero—. Si se empeña en ello...

—¿Cuándo esperas tenerlo listo?

—Dentro de cuatro o cinco días, lo más tarde. Nadie sabrá nada de esto.

—Perfecto, amigo mío —le puso una mano de aquéllas en el hombro, apretándole cordialmente, mientras el visitante dominaba un estremecimiento de horror ante el roce de tan monstruosos dedos—. Te espero el próximo viernes aquí, a la misma hora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Orlov —afirmó Stryker guardándose el dinero—. El viernes podrá ocultar esa fealdad que tanto le preocupa tras una perfecta máscara, palabra de Julius Stryker.

CAPÍTULO 6

—¡No, no y no! —rugió Roger Byrne pegando un salto en su silla de director, con el rostro alterado—. ¡No es eso, señorita Desmond! ¡Ni remotamente está interpretando el papel de *lady* Graham como yo quiero! ¡Eso no es una dama victoriana, sino una ramera del Soho!

—¡Escuche, Byrne, el que usted sea el director, no le da derecho a insultarme! —excitó la morena y exuberante Tallullah Desmond, volviéndose furiosa hacia él, con tal energía que su vestido se tensó sobre los abultados pechos macizos, a punto de escapar de su encierro.

—Por el amor de Dios, me he quedado corto en lo que le he dicho, señorita Desmond —gruñó el director exasperado—. Tiene que mostrarse sutil, sensual pero elegante ante el doctor Jekyll, no dando la impresión de que va a meterle los pechos en la cara para seducirle.

Zoltan Sazdy, el actor que suplía a Jusko Orlov en el papel central, soltó una risita mientras se arreglaba el plastrón sobre su camisa de seda rizada.

Como picada por un áspid, Tallullah Desmond se revolvió contra su *partenaire* en la escena, fulminándole con el destello de sus oscuros ojos llameantes de cólera.

—¿Y tú de qué te ríes, desgraciado? —tronó la nueva «ingenua» de la Atlas Productions, en el primer día de rodaje del nuevo film de terror—. Más te valdría ser un buen actor y no meterte con los demás, sucio húngaro.

—Oye, preciosa, cierra tu inmundada boca o te sacudiré un buen mamporro —estalló airado Sazdy, encarándose con ella—. Para criticar a los demás tendrías que empezar por tener algo más que unas buenas tetas y una cara atractiva de zorra barata.

—¡Puerco zíngaro, debiste quedarte con tu oso y tu pandero

antes de venir a enseñar a los americanos cómo es un pésimo actor! —chilló ella.

Sazdy, sin muchas contemplaciones, la abofeteó en ese punto violentamente.

Su mano restalló contra ambas mejillas de la actriz, que retrocedió tambaleante, repentinamente pálida, casi blanca.

—Esto te enseñará a lavarte la boca antes de hablar, bastarda —gruñó el húngaro, con gesto endurecido—. Byrne, no sé si podré seguir trabajando al lado de esta harpía.

—¡Usted hará lo que yo diga, Sazdy, malditos sean los dos! —tronó Roger Byrne—. Jamás, en toda mi carrera profesional, tuve problemas así con Jusko Orlov y Lilian Lake. Se suspende el rodaje durante una hora. Salgan por ahí a tomar el aire. Yo también necesito limpiar un poco mis pulmones después de respirar tanto miasma.

Salió disparado, mientras los electricistas apagaban los focos del decorado. Tallullah Desmond sollozaba histéricamente, llenando de improperios a su compañero de escena. Sazdy, indiferente, se alejaba del set con aire altivo.

Wilma Miller cambió una mirada de asombro con Keith Robbins, en la puerta del set. El joven guionista la tomó de un brazo.

—Creo que tu toma se demora por culpa de esos dos —sonrió, tirando de ella—. Vamos a la cafetería a tomar algo.

—Creí que la gente del cine se llevaba mejor —comentó Wilma, mientras caminaban entre figurantes maquillados y vestidos, camino de la cafetería de los Estudios.

—Pues no has visto sino una pequeña muestra de sus modales —rió suavemente el joven escritor de la Atlas—. Si oyes a Stella Dexter despotricar, Tallullah Desmond es un angelito educado esmeradamente. Aquélla, cuando se enfada, usa un vocabulario de barrio bajo que da espanto. Pero de todos modos, Tallullah no es ningún bombón en ese terreno, la verdad.

—Veo a esa mujer demasiado llamativa para representar a una ingenua.

—Yo también —Robbins miró a su gentil compañera, que lucía encantadora con su atavío Victoriano de suaves tonos malva y oro—. En cambio, tú serías la perfecta *lady* Graham de mi guion. Tan delicada, tan ingenua, tan fresca y natural...

—Oh, lograrás que me ruborice —murmuró ella, eludiendo mirarle.

—Digo la verdad. Lo malo es que Tallullah tiene un lío con Stowell. Por eso la prefiere a ella para suplir a Lilian Lake. Si en este mundo del cine hubiera dos dedos de frente, tú serías la perfecta sucesora de Lilian.

—Estamos de acuerdo, Keith —dijo una voz junto a ellos, en la puerta de la cafetería.

Ambos se volvieron. Era Roger Byrne, el director, quien hablaba. Contemplaba absorto a la muchacha, tal como aparecía vestida para el rodaje. Robbins sonrió.

—Eso es muy halagador para ella viniendo de ti, Roger —comentó.

—Estoy diciendo la verdad —aseguró el director—. Si yo fuese Stowell, ahora mismo enviaba al diablo a Tallullah y cogía a tu amiguita para el papel. He visto su prueba y me gustó mucho, por eso acepté que hiciera el papel de la doncella del doctor Jekyll. Pero sería feliz si pudiera interpretar a la protagonista, palabra.

—Saber que confía usted tanto en mí, me llena de alegría —confesó la joven radiante—. Gracias por sus palabras, señor Byrne. Sabré esperar mi ocasión, de todos modos.

—Estando Stowell por medio, mal asunto —se quejó el director, entrando con ellos en el local—. A menos que nuestra nueva actriz se muera de un berrinche, veo difícil que alcance usted lo que merece, señorita Miller...

—Dios mío, no diga eso, señor Byrne —protestó ella—. No me gustaría llegar a ninguna parte gracias a la muerte de otra persona.

—Era una broma —rió Byrne de buen humor—. A Tallullah Desmond no hay quien la mate. Pero después de todo, ella se siente bien feliz de suplir a Lilian Lake tras la muerte de esta...

—Perfecto, no hay duda. Creo que es absolutamente perfecto...

Stryker estaba realmente complacido con su obra. La contempló a la luz de su estudio atentamente. Luego se incorporó, para examinarla desde otro ángulo.

La lluvia golpeaba los cristales con fuerza. El tiempo iba empeorando por momentos. La llovizna de días anteriores era ahora

un aguacero declarado, que caía con violencia sobre los cristales del desierto estudio donde él trabajaba ahora todas las noches en la tarea encomendada por Jusko Orlov. Aquel famoso dicho de que nunca llovía en el Sur de California, estaba quedando ahora bastante malparado.

Era realmente algo magistral. Un perfecto rostro sereno y correcto, de facciones angulosas moldeadas sobre plástico, y rematado todo por una cabellera de aspecto natural, ligeramente canosa. Ante la mascarilla y la peluca, un par de guantes de plástico ligero y amoldable, color carne, con sus uñas tan naturales que parecían dos manos perfectas.

—Orlov va a sentirse muy satisfecho de mi obra —murmuró hablando consigo mismo Stryker—. Creo que incluso se atreverá a salir de casa con ello, logrando engañar a muchas personas, especialmente durante la noche.

Miró su reloj. Ya era tarde, cerca de las nueve y media. Debía darse prisa o no llegaría a tiempo a su cita. Era viernes, y faltaban sólo treinta minutos para la hora convenida con Orlov.

Se dispuso a recoger todo el material para introducirlo en una caja adecuada, cuando la voz sonó a su espalda, sobresaltándole:

—¿Tan tarde trabajando, Stryker? —Sonó la jovial voz de Robbins.

Se volvió, disgustado. El joven guionista, envuelto en un impermeable claro, venía desde el Departamento de Guiones, con un paraguas en la mano.

—Sí, tenía una tarea especial que hacer... —se excusó el maquillador—. ¿Qué haces tú por aquí ahora, Keith?

—Me había olvidado el paraguas en el despacho. Y llueve demasiado para ir sin él —se quedó sorprendido, mirando la mascarilla, la peluca y las manos de plásticos—. Oye, ¿qué es eso? Creí que sólo hacías caras monstruosas...

—Ya te dije que es un trabajo especial. Por eso lo hago fuera de horas. Otro día te lo contaré, ahora tengo prisa.

—Como quieras, Stryker. Y recuerda tu paraguas también. El aguacero es impresionante esta noche. ¿Cómo va la mascarilla para Sazdy en el rodaje del lunes?

—Casi acabada. Estará lista mañana a mediodía.

—¿Mañana? ¿Es que nunca descansas, ni siquiera en el fin de

semana? —rió Keith.

—Bueno, prefiero descansar cuando he terminado algo —colocó todo en una caja especial de madera, que cerró cuidadosamente—. Hasta el lunes, Keith.

—Hasta entonces, Stryker —le respondió Robbins, algo indeciso, partiendo luego presuroso hacia la salida del pabellón compartido por los Departamentos de Guiones y de Maquillaje.

Se adentró en la noche lluviosa abriendo su paraguas. No pudo evitar recordar las facciones afiladas y pálidas de la mascarilla que acababa de ver en la mesa del maquillador.

—Extraña faz la que creó Stryker —musitó para sí, caminando a zancadas bajo el aguacero, camino de su coche—. Recordaba vagamente la de Jusko Orlov, la que realmente tenía antes del atentado criminal... Pero era distinta en realidad... Una cara muy especial, difícil de olvidar... ¿Para qué diablos la querrá?

Se encogió de hombros, pensando que no era asunto suyo. Se metió en su coche y se alejó rodando hacia la salida de los Estudios Atlas, en Burbank. Poco más tarde cruzaba la misma puerta el Chevrolet oscuro de Julius Stryker, conduciendo a éste hacia Sunset Boulevard.

—Perfecto, sí. Tuviste razón, Stryker. Perfecto del todo.

—Me alegra que piense igual, Orlov. Lo hice con todo mimo. Estaba seguro de que sería de su agrado.

—Más que eso. Es increíblemente bueno. Ni siquiera parece artificio. Al menos, no con estas luces. Ya sé que a la luz del día sería imposible engañar a nadie. Seré como los vampiros de ahora en adelante. Sólo podré dejarme ver de noche...

—Igual que en su última película, ¿no? —sonrió Stryker, paladeando otra copa del excelente *brandy* francés de su anfitrión.

—Exacto, sí —había un tono sombrío en la voz de Orlov, brotando por los perfectos labios de plástico de aquella faz artificiosa, adherida a la suya hasta ocultar su espantoso rostro, del mismo modo que la peluca ocultaba su cuero cabelludo abrasando y los guantes sus auténticas manos deformes—. Sólo que esto no es una película, querido amigo, sino la propia vida, sin un final feliz al término de su metraje...

Stryker se sintió incómodo, limitándose a tomar otro sorbo en silencio. Allá, frente a él, Orlov parecía otro, mirándose en el espejo de cuerpo entero, con su nueva faz elástica que ocultaba tantos horrores. Era una cara pálida, estirada, inexpresiva. Pero infinitamente mejor que la suya propia.

—¿Dices que absolutamente nadie sabe nada de esto? —preguntó.

Stryker asintió:

—Nadie, Orlov. Ni siquiera han llegado a ver la mascarilla —estuvo tentado de rectificar en ese punto, diciéndole que Keith Robbins, el guionista, había llegado a verla, aunque sin saber para quién era, pero consideró que eso carecía de importancia para Orlov y lo calló—. Será un secreto muy bien guardado entre los dos.

—Sí, de eso estoy seguro ahora —asintió el actor suavemente, tomando de nuevo su bastón con movimientos parsimoniosos. Caminó hacia su amigo con lentitud—. Creo que tu labor bien merece un premio más, Stryker.

—Cielos, ni pensarlo —rechazó el maquillador vivamente, sin moverse de su asiento—. Ya estoy bien pagado, Orlov. Y sólo porque usted insistió en ello. No me debe nada más. Al contrario, me he sentido feliz de poderle ayudar en algo.

—Gracias, querido amigo. Es lástima que esto deba permanecer secreto. De otro modo, no tendría que hacer algo que no me gusta. Pero es inevitable, Stryker. Del todo inevitable...

El maquillador le miraba sin entender claramente lo que quería decir. Orlov actuó con gesto rápido ahora. Tiró de su negro bastón. Bajo la funda de madera, resultó ocultarse una larga hoja de acero puntiagudo, un estoque afiladísimo.

Apenas lo vio desnudo en la mano de su amigo, cuando de inmediato sintió que el acero le traspasaba la garganta, clavándose luego en el sillón.

Fue una sensación espeluznante y atroz. Julius Stryker supo que significaba la muerte cierta. Su garganta quedó perforada de lado a lado, atravesada por el acero.

Miró estupefacto a Orlov, con ojos desorbitados por el dolor y la angustia. El actor extrajo el arma de la herida. La sangre le brotó a borbotones por el agujero. De nuevo el acero se clavó, ahora en su pecho, repetidas veces, sobre el corazón y el pulmón. Por todos

aquellos agujeros, como un odre perforado, chorreó la sangre, catapultada hasta la bata de Orlov, hasta los muebles, hasta la alfombra. Aún sostenía en su crispada mano la copa de *brandy*, a la que saltó un chorro de sangre, llenando el recipiente de líquido rojo oscuro.

Un alarido ronco se convirtió en estertor al perder el aire por el boquete de la garganta, entre los borbotones sanguinolentos.

Orlov, implacable, frío, sin expresión alguna en su nuevo rostro de plástico, siguió clavando y clavando el estoque, hasta que el cuerpo del desdichado Stryker fue una criba horrenda, una masa de sangre burbujeante que lo invadía todo.

Los ojos de Stryker se fijaban alucinados, en su verdugo inesperado, tal vez sin comprender nada, allá en las fronteras de la muerte. A Orlov pareció causarle daño esa patética mirada de horror, y clavó el estoque en cada uno de los dos ojos de su víctima. Se los vació brutalmente, reventando los globos oculares.

El agonizante dejó de mirarle, mientras los últimos espasmos sacudían su cuerpo.

Jusko Orlov, el monstruo del celuloide, convertido ahora en un monstruo de la vida real, contempló con ojos helados a su víctima. En su mano de plástico, el estoque goteaba sangre sobre la alfombra enrojecida, encharcada por la hemorragia del ya difunto Julius Stryker.

—Lo lamento por ti, amigo mío —murmuró roncamente—. No podía hacer otra cosa. Esto es sólo el principio. Tú, la única víctima inocente pero necesaria. Ahora, debo empezar mi venganza...

Su sonrisa hueca, maligna, retumbó en la lóbrega sala compartida con un cadáver bañado en sangre.

Era una risa que los admiradores del cine de terror de Jusko Orlov conocían bien.

Era la risa de un monstruo de la pantalla. De un ser de pesadilla imaginado por el cine, pero que ahora parecía haber saltado desde el lienzo a la realidad, en una pirueta inverosímil, más allá de lo imaginable.

El monstruo del celuloide había cobrado vida propia. Y eso, pronto iban a sentirlo en sus propias carnes muchos de los habitantes de Los Ángeles, en una orgía de sangre y de terror sin precedentes.

CAPÍTULO 7

El capitán Ben Sanders, de la Brigada de Homicidios, meneó la cabeza con desaliento.

—Nada de nada —murmuró—. El caso lleva camino de quedar sin resolver. Un acto criminal más que quizás acabe archivado sin solución, como tantos otros.

—¿No existen pistas, no hay pruebas contra nadie? —preguntó.

—Nada de nada, señor Stowell —suspiró el policía de mala gana—. Tengo la evidencia cierta de que la clave de todo está aquí. Pero no puedo probar nada contra nadie.

—¿Aquí? ¿A qué se refiere? ¿A mis Estudios, capitán?

—Exacto, señor Stowell. A sus Estudios, a su gente del cine. Tras ese crimen existe algo oscuro, pasiones de la profesión, rencillas, rencores, odios o intereses inconfesables, me lo dice mi instinto. Pero eso es todo: una mera corazonada sin consistencia.

—Me parece monstruoso que sospeche algo así sin fundamento. La gente de esta profesión no es tan mala, capitán.

—No me meto con su gente, señor Stowell. En todas las profesiones del mundo, en todas las esferas sociales hay gente buena y gente mala. Alguien de entre ustedes fue capaz de planear fríamente ese atentado criminal. Pudo haber sucedido en cualquier otro ambiente. Pero las víctimas eran un actor famoso y una actriz envidiada y admirada. Cualquiera pudo tener la tentación de eliminarles sin piedad.

—Espero que se equivoque. Tal vez algún admirador demente. Recuerde que a John Lennon, sin ir más lejos, le mató uno de sus fanes. Y un joven psicópata atentó contra el presidente Reagan para hacerse notar ante una actriz que era su ídolo imposible. Hay mucho maníaco entre los admiradores de las estrellas del cine o de la música, capitán.

—Lo sé. Pero aunque no descartamos ninguna posibilidad, sigo

inclinándome por mi teoría particular.

—Tal vez incluso yo figure en la lista de sospechosos, ¿no? —rió suave e irónicamente el productor.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros el capitán Sanders—. Usted pudo desear la muerte de ambos por algún oscuro motivo, aunque parezca ser el más perjudicado con ello. Ésa, precisamente, sería su mejor coartada. Pero no se preocupe, no hablo en serio. Le hago ver, simplemente, que todo el mundo puede ser sospechoso.

—Lo tendré en cuenta, capitán —gruñó Stowell, no demasiado feliz.

Se incorporó, paseando por la estancia. No dejaba de llover desde el pasado viernes sobre la ciudad. Ahora era de nuevo una leve llovizna la que caía desde el cielo encapotado. Vio venir a la carrera a Roger Byrne, el director, salvando a saltos los charcos del asfalto dentro del recinto de los Estudios. Frunció el ceño. A estas horas, Byrne tenía que estar rodando las escenas de la primera metamorfosis del doctor Jekyll. Resultaba raro que estuviese fuera del set, dirigiéndose a Producción con aquellas prisas.

Le oyó subir la escalera a toda velocidad. Cuando entró, el capitán Sanders le dirigió una mirada curiosa.

—¿Qué diablos ocurre, Byrne? —se interesó el productor—. ¿Has retrasado el rodaje acaso?

—No he tenido otro remedio, Brandon —confesó el director sin aliento.

—¿Puede saberse por qué? No podemos rodar exteriores con este tiempo, por eso se decidió filmar la escena de la transformación en el laboratorio...

—No es posible hacerla. Stryker no aparece.

—¿Cómo? ¡Imposible!... Stryker nunca falta a su trabajo...

—Hoy ha faltado. No ha aparecido por Maquillaje. No se le encuentra en parte alguna. Hemos llamado a su casa. El teléfono no responde. Keith ha recordado el lugar donde acostumbra a almorzar los días de fiesta. No le vieron ni el sábado ni ayer domingo.

—Infiernos, lo que faltaba. Esta película está gafada, Byrne. Primero lo de Orlov y Lilian, ahora Stryker desaparece, el día en que más falta hace... ¿Qué han dicho sus colaboradores?

—Nada. Sólo dejó unos apuntes para el maquillaje especial de Sazdy. No se deciden a hacer nada sobre eso mientras su jefe esté

ausente. Es él quien siempre desarrolla las ideas definitivas.

—Bien, que intenten hacer algo. Suspended el rodaje. Y buscad por todo Hollywood a Stryker. No se le puede haber tragado la tierra, maldita sea.

—Me ocuparé personalmente de eso —terció el capitán Sanders arrugando la frente, pensativa—. Tengo un buen amigo en Desaparecidos. Dígame, Stowell, ¿tiene algún enemigo en especial interesado en estropearle el rodaje de su película?

—Que yo sepa, no. Pero empiezo a sospechar que pueda haberlo —fue el agrio comentario del productor, mientras volvía a mordisquear rabiosamente su cigarro apagado.

El oficial de Homicidios desapareció, encaminándose directamente al Departamento de Maquillaje de Atlas Productions, mientras Byrne y Stowell discutían vivamente la nueva situación creada con la ausencia de Stryker.

Cuando entró en Maquillaje, Keith Robbins estaba charlando con Jimmy Hogan, ayudante de Julius Stryker, y con el jefe de cámara Steve Carlyle. El policía interrogó brevemente a Hogan:

—¿Qué puede decirme de su jefe que nos ayude a dar con él en breve? —le espetó.

Jimmy Hogan, un joven pelirrojo y pecoso, le miró alarmado. Sacudió su cabeza, roja como una panocha.

—No lo sé, señor —confesó—. Él nunca falta al trabajo. Y de estar enfermo, hubieran contestado de su casa...

Sanders sugirió:

—Puede haberle ocurrido cualquier cosa, estar inconsciente o algo así, que le impida atender la llamada...

—No, no —negó Hogan—. He comunicado con un vecino. Fue a ver. No hay nadie en la casa, pudo comprobarlo pasando por la escalera de incendios, por si algo le pasaba a Stryker. Dice que el piso da la sensación de llevar días sin ocupar. Nadie le ha oído entrar o salir este fin de semana. Tampoco la cama estaba deshecha.

—Es raro todo eso, ¿no? —sugirió el capitán de Homicidios pensativo.

—Muy raro —terció Keith—. En el tiempo que le conozco, jamás dejó de presentarse cotidianamente a su tarea, y menos aún estando pendiente una escena difícil como la de hoy, que requiere de todo esfuerzo.

Sanders miró al joven guionista pensativo. Trató de recordar.

—Usted es Robbins, ¿verdad? —apuntó—. Un escritor...

—Eso es —sonrió desganadamente Keith—. Trabajo de guionista aquí. Soy buen amigo de Stryker. A veces me pide sugerencias sobre la clase de monstruo que hay que crear. Tiene su galería de los horrores allá dentro, capitán.

Sanders asintió, encaminándose a dónde le indicaba Robbins. Cuando entró en el local que Stryker destinaba a sus máscaras horripilantes, se llevó casi un sobresalto.

Jamás había visto galería de criaturas tan horrendas como las que se alineaban allí, en muros y estanterías, como un verdadero festival del terror. Desde seres mitad humanos mitad reptiles, hasta licántropos espeluznantes, pasando por gorilas, saurios humanoides, ratas mutantes y cuánto la imaginación pudiera crear para causar miedo a los demás, se alineaba en aquella auténtica feria de monstruos cinematográficos.

—El archivo de Forrest Ackerman[1] no es nada al lado de eso —rió Hogan desde la puerta—. Y quería añadir a su colección el nuevo rostro de míster Hyde...

Sanders nada dijo. Contempló los últimos ejemplares, con Drácula, Frankenstein y el Hombre-Lobo, y salió de la estancia con expresión preocupada.

—¿Green que puede haberle ocurrido algo a su maquillador jefe? —indagó.

—Es lo más probable —suspiró Robbins—. De otro modo, él estaría aquí o hubiera dado señales de vida.

—¿Un accidente acaso? ¿O... un crimen? —sugirió fríamente Sanders.

—¿Crimen? —Se sobresaltó Robbins—. ¿Por qué piensa eso, capitán?

—No lo sé. Alguien asesinó a Lilian Lake y destrozó la vida de Jusko Orlov, ¿no? Puede que esta desaparición se relacione con todo ello de alguna forma...

—Si es así, estos Estudios van a convertirse en un sitio muy incómodo —fue el comentario preocupado de Jimmy Hogan.

Keith no respondió. Sanders abandonó el Departamento, para dirigirse a un teléfono público de los Estudios, a comunicar con Desaparecidos. El joven guionista recordó vagamente la noche del

viernes, cuando Stryker se ausentaba de los Estudios con una caja conteniendo una mascarilla, una peluca y unos guantes de plástico. Pero de inmediato lo olvidó cuando sonaron fueran las voces de Tallullah Desmond, la sucesora de Lilian en los papeles de heroína del cine de terror de Atlas, discutiendo ahora vivamente con Forrest Wayne, el galán inevitable de todas las cintas terroríficas de Stowell. Las voces venían de la planta baja:

—¡Sois todos unos bastardos! —clamaba la actriz—. ¡Estoy harta de soportaros a todos! ¿Es que también Stryker quiere torpedear mi trabajo? ¿Qué se le ha ocurrido a ese fabricante de monstruos para no venir hoy, estropeando mi mejor escena con Sazdy?

—Escucha, Tallullah, todos estamos fastidiados por la ausencia de Stryker hoy, de modo que no vengas con tus histerias de costumbre —tronó la voz del joven actor, en tono airado—. También yo tenía mi escena con Sazdy en el laboratorio, y ahora debo esperarme a que se ruede cuando Dios quiera. Sin la caracterización especial de Sazdy, no se puede rodar ninguna secuencia pendiente en el plan de rodaje, bien lo sabes.

La actriz lanzó otra serie de imprecaciones, abandonando el edificio de un portazo. Forrest Wayne apareció, con su apolínea figura de atleta consumado, meneando la cabeza rubia con gesto expresivo.

—Esa histérica anda medio loca desde que alcanzó de rebote su soñado papel —rezongó—. Creo que acabaremos volviéndonos todos chiflados si esto sigue así. ¿Es que la película no pude realizarse como cualquier otra, sin tantos problemas a cada paso?

—Tal vez esté maldita, Forrest —comentó con ironía Keith, saliendo del edificio sin añadir más.

Vio ahora a Tallullah, discutiendo con Stowell cerca del edificio, bajo la llovizna. Se apartaron uno de otro. El productor aparecía congestionado. Se paró un momento al ver a Keith, le tomó por el brazo y le espetó bruscamente:

—Creo que voy a pensármelo mejor, Robbins, y estudiar las pruebas de esa chica amiga tuya. Empiezo a estar harto de la maldita Tallullah. Como me harte un poco más, su papel será para esa chica. Por si acaso, va preparándola un poco.

Se alejó, gruñendo entre dientes cosas ininteligibles mientras mordía su cigarro hasta hacer del tabaco una pulpa. Robbins sonrió

echando a correr hacia los sets, donde Wilma se preparaba para intervenir en sus escenas.

—Creo que le gustará conocer esa noticia —murmuró, radiante.

Tallullah Desmond tenía un mal día. Acostumbraba a tener muchos como aquél.

Pero desde que obtuviera el papel reservado a la difunta Lilian Lake, había pensado que las cosas serían diferentes. No era así. Los nervios iban de mal en peor. Todo eran problemas. Ahora, la desaparición de Stryker había arruinado las tomas en los Estudios de todo un día.

Tras tomarse un par de analgésicos, subió a su coche, partiendo desde los Estudios Atlas hacia su elegante residencia en Bel Aire. La llovizna persistía, la noche era fresca y húmeda, y no había demasiado tráfico en la ruta, a causa de lo resbaladizo del asfalto y lo inclemente de la noche.

Llegó a casa algo más calmada. Encerró su coche en el garaje y se metió en la vivienda, cerrando con llave y cadena tras de sí. Encendió las luces, dirigiéndose al bar a tomar una copa para ayudarse a tranquilizar los excitados nervios.

Con el vaso mediado de *whisky* en su mano, se dirigió al *living*, para conectar el vídeo y ver alguna vieja película en el televisor. Eligió una de Jusko Orlov y Lilian Lake, una de sus favoritas: «Horror en la Ópera». Era una versión bastante libre de la obra de Gastón Leroux, donde Orlov alcanzaba altas cimas de calidad en su interpretación del atormentado y deforme Erik. Un personaje que, curiosamente, tenía ahora con el verdadero Orlov un extraño y trágico parecido...

El vídeo comenzó a mostrar las imágenes en color del film de Stowell, rodado antes de Frankenstein y de Drácula. Los gritos femeninos de pánico y la voz profunda y grave de Orlov, bajo la máscara del fantasma de la Ópera parisina, invadieron la sala, sin que Tallullah, nerviosa e irritable, prestara excesiva atención a las escenas. Se limitaba a beber pequeños sorbos con excitada crispación, recordando sus disputas recientes con Forrest Wayne, con Sazdy, con el director Byrne, virtualmente con todos.

—Son uno necios. ¡Les enseñaré que soy la mejor, que ni la

desdichada Lilian Lake podía nada ante mi calidad de intérprete! — Casi gritó, pese a estar sola, en un arranque de ira y soberbia.

Pero no estaba sola. Tras la vidriera, allá en la noche lluviosa, un extraño rostro lívido, estirado y rígido, se pegaba a los cristales, mientras unos ojos malignos la estudiaban fijamente.

Cuando Tallullah Desmond habló, mencionando el nombre de la actriz fallecida, firmó su propia sentencia de muerte sin saberlo.

La vidriera estalló en mil pedazos, con inusitada violencia. Tallullah lanzó un alarido de sobresalto, poniéndose en pie vivamente. El vaso escapó de sus manos al ver entrar a través de la cristalera hecha añicos la alta figura del hombre envuelto en el largo gabán negro, mojado de lluvia, con el rostro rígido, blanquecino, cadavérico, sin expresión humana en sus rasgos petrificados. Unas manos demasiado blancas y tersas esgrimían un arma terrible, que destelló al recibir la luz de la sala.

Era un hacha de ancha hoja y filo centelleante. Tras aquella epidermis como una máscara, unos ojos demoníacos ardían con fiebre asesina. Una voz ronca, irreconocible, escapó de entre unos labios exangües que ni siquiera se movían:

—Perra... Ramera asquerosa... Actriz deleznable, mujer envilecida y miserable, envidiosa de todo y de todos... Pagarás con tu vida suplantar a mi amada Lilian... Pagarás por si fuiste tú quien manipuló el coche, quien la envió a ella a la muerte...

Tallullah comprendió. Se dio cuenta de quién estaba ante ella. Aquellas palabras helaron la sangre en sus venas. Alzó las manos temblorosas, jadeando roncamente:

—No sabes lo que dices, Jusko... Yo no la maté... Yo no pretendo suplantarla. Yo te juro que...

Él empuñaba en ese instante el hacha afilada con una sola mano. Con la otra, se despojó de la extraña carátula, mostró a la cruda luz de la sala su auténtica faz a la mujer, muy de cerca.

El alarido despavorido de Tallullah retumbó sobrecogedor en el recinto. Sus ojos desorbitados contemplaron con mudo pavor después aquella cara de pesadilla, aquel horrendo rostro deforme, rugoso, repugnante hasta la náusea, contemplándola el ojo saltón y sin párpados con mirada de supremo odio, en tanto la boca descarnada parecía sonreír como una calavera siniestra...

El pánico de la actriz duró dos o tres escasos segundos. Luego, el

hacha silbó, cayendo sobre su cuello. Lo segó de parte a parte, como una guillotina. La cabeza saltó lejos, rebotando en los muebles, entre salpicaduras de sangre. Las carótidas vomitaron surtidores de roja sangre hirviente... El cuerpo pegó un salto espasmódico hacia atrás y, sin cabeza, se agitó grotescamente en el sofá, antes de desplomarse dando una voltereta.

La risa macabra del monstruo retumbó en la noche, mezclándose con el rumor de la lluvia que entraba ya por la destrozada vidriera. Jusko Orlov volvió a ajustar la máscara de plástico sobre su cara horripilante. Y riendo aún, con el hacha goteando sangre en sus manos, se perdió de nuevo en la lluvia, dejando tras de sí los atroces despojos de un cuerpo y una cabeza humanos, separados entre sí por regueros de copiosa sangre...

En el vídeo, Erik, el fantasma de la Ópera, mostraba la caracterización magistral de Jusko Orlov en uno de sus mejores papeles, como monstruo de la pantalla.

CAPÍTULO 8

Forrest Wayne consultó su reloj. Bostezó.

Se había quedado demasiado tiempo en su camerino de los Estudios ensayando el papel de la nueva película.

Eran las escenas a rodar al otro día, alterando todo el plan de rodaje a causa de la misteriosa desaparición de Julius Stryker.

Ahora ya se sabía bien los diálogos y podía irse tranquilo a cenar. Eran casi las diez de la noche. Debía de haberse quedado solo en los Estudios, con excepción del personal nocturno de vigilancia del recinto cinematográfico.

Dejó el guion sobre el tocador de su camerino, se miró en el espejo oval, comprobando que estaba algo pálido y demacrado. Meneó la cabeza, encendiendo un cigarrillo y tomando una de sus pastillas de vitaminas y sales minerales.

—Debes cuidarte, amiguito —dijo a su propia imagen con una desangelada sonrisa—. ¿A ti qué diablos te importa que todo el mundo en estos Estudios se vuelva loco o se muera de repente? Lo que importa es tu carrera, ¿no? Pues adelante, muchacho. Vas a llegar a la cumbre muy pronto. Ese patán de Sazdy no da la talla. Y el imbécil de Orlov, aquel maldito engreído lleno de dinero, que me quitó a Lilian pese a su vejez, está ahora convertido en una momia viviente, en un espectro olvidado...

Se echó a reír, sin darse cuenta de que, mientras hablaba consigo mismo, la puerta del camerino se había ido entreabriendo despacio, muy despacio...

Alguien escuchaba.

Se volvió, indiferente, tomando su gabardina del colgador.

—¿Es usted, Clarence? —preguntó, imaginando que el vigilante nocturno de los sets andaba por allí haciendo su ronda habitual—. Ya me marchaba, no se preocupe...

La puerta se abrió un poco más. Apareció alguien en la misma.

Un rostro que parecía flotar en la nada, en el negro vacío del oscuro plato de rodaje, más allá del camerino del actor. Sobre las negras ropas de su dueño, la carátula pálida que ahora contemplaba Forrest con asombro y desconcierto, parecía algo suelto, independiente del cuerpo.

—¿Quién diablos es usted? —masculló, entre sorprendido y malhumorado—. ¿No sabe que está prohibido deambular por aquí a estas horas, no siendo personal del Estudio?

La cara no movió un músculo. Ninguna voz le respondió. Unos ojos extraños, rojizos y malévolos, se fijaban en él con un odio irracional e infinito que captó, estremeciéndose.

—¿Es que realmente no me conoces ya, Forrest? —preguntó sibilante una voz ominosa bajo la carátula pálida inamovible.

Aquella voz... Forrest Wayne se estremeció. Una repentina sensación de agobio e incomodidad se apoderó de él. Fue como enfrentarse a un fantasma, a un espectro surgido de la propia tumba.

—Dios, no... —jadeó—. Orlov...

—Orlov, sí. Veo que ya me has identificado, sucio bastardo...

—¡No tiene derecho a hablarme así! —gritó el galán, exaltándose—. ¿Quién se ha creído qué es? ¿Adónde va con esa máscara ridícula para ocultar su fealdad horrenda?

—Miserable... —Gorgoteó siniestramente la voz tras el plástico, mientras los ojos se movían inquietos tras las rendijas—. Tal vez tú manipulaste mi coche para asesinarlos, sólo porque te quitaba a Lilian... Tú, chulo asqueroso y vil, causaste su muerte y mi desgracia...

—¿Se ha vuelto loco? —protestó Forrest mirándole asombrado—. ¡Yo nada tuve que ver en eso, fante! ¡Llamaré a la Policía para que le saquen de aquí y nunca más le dejen entrar en los Estudios! Quizá su sitio esté en un manicomio...

Orlov no expresaba nada en su cara artificial. Ni odio, ni furia ni instinto homicida. Pero de todo ello había en la luz febril de sus pupilas. Forrest calculó mal sus propias posibilidades en aquel enfrentamiento. Y pagó por ello.

Inesperadamente, el brazo de Orlov, oculto tras su figura erguida, asomó con rápido impulso. Un objeto contundente golpeó el cráneo del joven actor con aspereza.

Cayó hacia atrás, aturdido, tambaleante, viendo miríadas de lucecillas ante él. Repentinamente asustado, abrió la boca para gritar, con cierta torpeza. Orlov estaba ya para entonces dentro del camerino, cerrando la puerta tras de sí.

Soltó el objeto pesado que llevaba, un trozo de cañería, mientras la sangre corría por el rostro del joven actor, tras el impacto recibido en la frente. Orlov hizo algo con increíble, escalofriante rapidez.

Cuando Forrest abrió la boca para gritar, los dedos plastificados del viejo actor se alargaron como la lengua de un reptil. La lengua de Forrest asomaba lo justo. Orlov le pegó en ella un tajo brutal con su mano zurda, armada con una navaja barbera.

La lengua de Forrest Wayne fue cortada de raíz, en dos. Un torrente de sangre bloqueó el ronco grito de aquella garganta despavorida. El trozo de lengua cayó a sus pies, como una piltrafa sanguinolenta.

Después, mientras el actor joven se tambaleaba, sumido en un dolor y un pánico indescriptibles, pugnando por gritar algo, en medio de aquel caos de sangre que escapaba por su boca mutilada, moviendo frenético el escaso fragmento de lengua que aún le quedaba, la navaja barbera volvió a caer sobre él.

Un tajo le cruzó esta vez la cara en diagonal, de sien a mandíbula. Partida así en dos mitades, la faz del galán soltó borbotones rojos, deformándose horriblemente. Otro tajo, esta vez horizontal, hizo chirriar su carne, partiendo mejillas y nariz limpiamente.

La sangre cubría ya la faz de Forrest por completo, en un baño alucinante.

Orlov remató su obra asesina con un solo y certero golpe de navaja al cuello del que fuera amante de Lilian Lake. De oreja a oreja, la garganta de Wayne chorreó caudalosamente en rojo violento, desparramando por doquier una auténtica lluvia escarlata, mientras Orlov retrocedía paso a paso, contemplándole indiferente.

Cayó la víctima al suelo del camerino, arrastrando consigo la silla, los maquillajes y cremas del tocador, que se llenó todo de sangre. Ya sólo un ronco estertor, un jadeo espeluznante, escapaba de la boca convulsa, sanguinolenta, del desdichado galán.

Su asesino le miraba con ojos glaciales, vidriados en aquella faz

blanquecina, tersa y siniestra. Los ojos de su víctima le dirigieron una última, despavorida mirada, cuando Orlov se despojó lentamente de su carátula, para mostrarle, en su agonía, la auténtica faz del miedo, del horror...

Forrest Wayne estaba muerto ya. Orlov no cesó por eso en su macabra tarea dentro del ensangrentado camerino. Salió de él, con paso silencioso, mostrando el horripilante espectáculo de su auténtico rostro, para volver con dos gruesos cables forrados de goma y amianto. Eran de los utilizados para encender los poderosos focos del Estudio, conectados a las vías de alta tensión. En esta ocasión, ambos estaban desconectados de la red.

Se agachó. Aplicó ambos cables al cuello sangrante de Wayne, uniendo sus dos extremos. Luego salió, tras dirigir una última, despectiva mirada de odio al difunto. Una vez fuera, en el oscuro set vacío, se ajustó de nuevo su carátula. Y, agachándose, empalmó los enchufes de ambos cables a la red de alto voltaje...

Se produjo un estampido en el camerino, un violento chisporroteo... y todos los Estudios Atlas se quedaron a oscuras por completo.

Jusko Orlov conocía bien el camino. Aquélla había sido su casa durante más de quince años. Corrió, fundido en las tinieblas repentinas, mientras en alguna parte sonaba una sirena de alarma, alertando al servicio de vigilancia del recinto sobre la descarga eléctrica producida.

En esa oscuridad total, sólo alterada por el disperso haz de las linternas de los vigilantes jurados, hasta que se dieron las luces de emergencia, le fue muy fácil a Jusko Orlov, el monstruo enmascarado, desaparecer en la noche, fuera de las altas alambradas electrificadas de los Estudios, ahora inútiles ante la ausencia de fluido.

Formaban un grupo sobrecoigido y sombrío, que parecía encajar muy bien en el tétrico ambiente de la Morgue de Los Ángeles.

Pese a su modernidad y funcionalidad aséptica, aquello no dejaba de ser el depósito de cadáveres, con todo su clima macabro e inquietante. Y aquellos hombres, ahora, estaban encarados a la doble faz de la muerte en sus facetas más escalofrantes.

—Ya lo ven —susurró con voz ronca el capitán Sanders mostrando ambos cuerpos en sus cajones frigoríficos, abiertos por el funcionario—. Tallullah Desmond. Muerta de un hachazo. Decapitada. La cabeza por un lado, el cuerpo por otro. De un solo tajo, según el forense. Nuestro asesino es tan fuerte como despiadado y brutal. Aquí, el cadáver carbonizado de Forrest Wayne. La identificación, gracias a su dentadura y a su lesión de la cadera, es indiscutible. No sólo fue carbonizado mediante una tremenda descarga de alto voltaje, sino que previamente fue degollado y brutalmente mutilado con un arma afiladísima, probablemente una navaja barbera, según informe pericial. Los cortes fueron abundantes y salvajes: lengua cortada en dos, rostro hendido a tajos, degollamiento...

—Dios mío, ¿quién puede ser capaz de tantos horrores? —se lamentó sombríamente Brandon Stowell, tan pálido como los clientes almacenados en la Morgue.

—¿Y quién puede saberlo? —Se encogió de hombros el policía, exasperado—. Tenemos ya una cadena sangrienta entre manos: Lilian Lake, asesinada, Orlov convertido en un espectro, Stryker desaparecido. Y, por si fuera poco, Tallullah Desmond y Forrest Wayne asesinados salvajemente por una especie de loco peligrosísimo. Tenemos todos esos eslabones, pero no nos conducen a ninguna parte. Es como un juego demencial sin el menor sentido.

—Y sin embargo, tiene que haber una conexión con todas esas muertes, un nexo que se nos escapa —terció con tono grave Keith Robbins, tras examinar en silencio ambos cadáveres.

—Así es, Robbins —convino el policía mirándole perplejo—. ¿Cómo dar con él? He movilizado a todos mis hombres. No tenemos nada de nada.

—¿Ni siquiera rastros de Stryker? —demandó apagadamente Roger Byrne, el director cinematográfico de la Atlas.

—Ni siquiera eso. Sigue evaporado, sin dejar el menor rastro. Pero aquí tenemos ahora dos cuerpos, y seguimos igual: en completas tinieblas, caballeros. Sólo que todo esto confirma mi teoría: el asesino es alguien relacionado con el cine, con sus películas, Stowell. Casi seguro que con su propia productora, con sus Estudios.

—Empiezo a pensar que tiene razón, capitán —suspiró con

amargura el productor, inclinando la cabeza—. ¿Qué podemos hacer?

—De momento, esperar. El asesino de Forrest Wayne escapó. Es obvio que conoce lo suficientemente bien sus Estudios, Stowell, para saber que una descarga de alta tensión inutilizaría las alambradas de protección nocturna para evadirse del recinto. Se movió por el interior como pez en el agua, de eso no hay duda.

—Tallullah Desmond... Forrest Wayne... Lilian Lake... —recitó despacio Robbins, con la mirada fija en el vacío—. Existe una relación entre todos ellos, capitán Sanders. Lilian fue amante de Forrest antes de casarse con Orlov, la Desmond suplió a Lilian al morir ésta... Pero todo eso se diluye en un sin sentido cuando se trata de averiguar quién pudo tener interés en matar a todos ellos...

—Estamos totalmente de acuerdo, Robbins —refunfuñó el policía—. Tenemos el testimonio de un vecino de Tallullah Desmond. Oyó estruendo de vidrios rotos, sin duda cuando el criminal penetró en su residencia por la fuerza, destruyendo una vidriera. Asomó justo cuando alguien abandonaba la casa de la actriz. Jura que vio a un hombre alto, vestido enteramente de negro, con un rostro extrañamente pálido y rígido. Eso es todo cuanto recuerda. No ha logrado reconocer fotografía alguna en el Departamento, tras revisar nuestros ficheros, como ya me esperaba. Estos crímenes no son obra de ningún profesional.

Robbins frunció el ceño. Aquello de un rostro «extrañamente pálido y rígido» había despertado en él alguna evocación confusa. Pero no llegó a concretarla, porque ni siquiera pensó en ella más tiempo.

La causa fue la súbita irrupción de un subordinado de Sanders, que se inclinó junto a su superior, informándole de algo en voz baja. El capitán de Homicidios pegó un leve respingo. Miró luego alteradamente a sus acompañantes en la Morgue.

—Caballeros, malas noticias —dijo roncamente—. Mis hombres acaban de encontrar a Julius Stryker, su maquillador. Está muerto. Asesinado a estocadas, con los ojos vaciados...

Se miraron todos entre sí, en un repentino silencio que parecía aún más lúgubre en aquel lugar, con una inevitable expresión de horror en todos los rostros.

—Tengo miedo. Mucho miedo.

La voz confirmaba todo eso: era ronca, temblorosa, insegura. Y el rostro del que hablaba no iba a la zaga en la cuestión. Zoltan Sazdy, el actor húngaro que supliera a Jusko Orlov en el rol principal de los films de terror de la Atlas, estaba realmente aterrorizado.

—¿Por qué, Sazdy? —Gruñó con expresión irritada Steve Carlyle, el cámara de los Estudios, tratando de poner su rostro lo mejor posible para filmar los primeros planos de aquella escena, en la prueba de luces—. ¿Cree acaso que está en peligro?

—¿Es que no puedo estarlo, Steve? —se quejó el actor—. Todos han sido asesinados ya: Lilian, Tallullah, Forrest... Y Orlov, como si estuviera muerto. Sólo quedo yo.

—¿Y yo, querido? —terció volublemente Stella Dexter, aparecieron junto a cámara y actor envuelta en vaporosos tules que realzaban la turgencia de sus curvas de auténtica *vamp* del cine—. ¿Es que yo no estoy viva?

Para darle a entender a Sazdy que era así, restregó con sus manos la prominencia dura y agresiva de sus pechos enhiestos, aún más desafiantes y rotundos que los de la difunta Tallullah Desmond. Sazdy, preocupado con sus cosas, ni siquiera pareció advertir el contacto, limitándose a gruñir algo, mientras se alejaba para que Carlyle hiciera las siguientes pruebas con el doble de Sazdy, antes del rodaje definitivo de los planos.

—Ese hombre me irrita —musitó Stella, dando un leve taconazo en el suelo—. Siempre está como ausente...

—¿Qué te pasa, preciosa? —rió burlón el *cameraman*—. ¿Es que todavía no has logrado seducir al húngaro como a los demás?

—Maldita sea, Carlyle, eres un cerdo al hablar así —se enfureció ella, poniéndose en jarras—. ¿Acaso eso es despecho? ¿Querías ser tú quien se acostara conmigo?

—No, gracias —se mofó el aludido—. No me vas, querida.

—Ya sé tus gustos, por eso no te he buscado nunca —replicó ella, despectiva—. A ti te iba mejor Forrest, ¿verdad, mariposón?

—Cierra esa cloaca que tienes por boca, ramera —se enfadó ahora Carlyle—. Mis gustos son cosa mía. Pero aunque me gustaran las mujeres, tú serías la última con quién me acostaría. Las ninfómanas dan más miedo que placer.

—¡Qué sabrás tú, mariquita! —Le escupió ella airada, dando media vuelta para retirarse—. ¿No viene aún Stowell? Dijo que me daría hoy el papel de Tallullah...

La risa sarcástica del cámara la hizo girar de nuevo, malhumorada.

Las palabras de Carlyle la hirieron como alfilerazos venenosos.

—De eso nada, guapa. Abandona toda esperanza. Stowell ha encontrado un mirlo blanco, una chiquilla de aspecto ingenuo y dulce, que no necesita irse a la cama con nadie para conseguir un papel. Tú te quedarás dónde estás. El papel que iba de ser de Lilian primero y luego de Tallullah, es para esa jovencita recién llegada, Wilma Miller. Lo he oído decir al propio Byrne hace poco.

—¡Idos todos al infierno! —aulló ella con rabia, saliendo del set con un portazo.

Se encontró fuera con Sazdy, que paseaba nervioso por entre los edificios de los Estudios, esperando su turno de trabajo. Airadamente, la actriz informó a su compañero:

—¿Sabes la noticia? Esa mosquita muerta de Wilma, la amiga de Robbins, va a interpretar el papel de *lady* Graham en la película.

—¿De veras? —Sazdy se mostraba ausente, distraído—. Estará bien en el papel. Es una chica encantadora. Y creo que una buena actriz.

—¿También tú? —Stella le contempló airada—. En esta casa estáis todos locos...

Se alejó, refunfuñando entre dientes, cimbreado su cuerpo sensual entre las gasas translúcidas que dibujaban sus mareantes curvas. Sazdy siguió sumido en sus reflexiones nada optimistas tras los últimos y trágicos sucesos en los Estudios.

CAPÍTULO 9

Parecía imposible que aquel rostro de pesadilla pudiera desfigurarse más aún ante emoción alguna.

Sin embargo, eso estaba ocurriendo, mientras las manos sarmentosas, descarnadas y deformes, estrujaban el ejemplar del Variety que acababan de dejar en la puerta de su mansión de Sunset Boulevard.

El titular de aquella página había logrado por sí solo alterar la expresión de la siniestra máscara de carne informe que era ahora la cara de Jusko Orlov, en la soledad lúgubre y sombría de su casa.

WILMA MILLER, UNA DESCONOCIDA, OBTIENE EL PAPEL PRINCIPAL QUE DEBÍA HABER INTERPRETADO LA MÍTICA LILIAN LAKE Y, MÁS RECIENTEMENTE, LA ASESINADA TALLULLAH DESMOND. SE ESPERA QUE ESTE BONITO, INGENUO Y NUEVO ROSTRO, APORTE UNA SAVIA DIFERENTE A LAS PELÍCULAS DE HORROR DE LA ATLAS.

Ése era el titular. En la noticia, aparecía la bella faz de Wilma, sonriente y feliz. El reportaje hablaba de lo ilusionada que estaba la joven actriz con la elección, y refería la influencia que un joven amigo suyo, el guionista de Stowell, Keith Robbins, había tenido en aquel feliz suceso.

—Estúpidos... Ciegos y torpes todos... —jadeó la voz ronca de Orlov, cuajada de odio y despecho—. Nadie puede interpretar el papel de mi Lilian... ¡Nadie! Ese mequetrefe de Robbins no debió meterse en eso. Ni esa chica ser elegida... Sólo Lilian podría dar aliento vital a cualquier personaje, junto a mí, Jusko Orlov, el más grande creador de terrores de toda la historia del cine...

Se contempló en el espejo que tenía ante sí. Con deleite

morboso, recorrió sus deformidades, cicatrices, llagas y mutilaciones. Su risa brotó grotesca entre los dientes y encías sin labios.

El ojo colgante brillaba vidrioso, dilatado, horripilante.

—Yo debo arreglar eso —murmuró sordamente—. Tal vez esos dos jóvenes asesinaron a Lilian y me convirtieron en lo que soy. Para conseguir el papel... Claro que también pudo ser Sazdy, para deshacerse de mí y llegar a la cumbre, pese a su mediocridad y torpeza...

Se irguió. Alargó las manos, tomando la mascarilla y la peluca de encima de su tocador. Ajustó todo eso sobre el rostro horrendo y el cráneo de calavera. Ciñó sus manos con las fundas de plástico. Ya parecía otro hombre. Frío impersonal, helado, sin humanidad. Pero otro. Ya no causaba horror. Sólo inquietud en todo caso.

Se encaminó a la salida con lentitud. Era una noche despejada, clara, con estrellas en el firmamento. Pero era noche.

Era su momento, como el de los vampiros que antes interpretara, cuando abandonaban su féretro para ir en busca de sus víctimas, de sangre humana para alimentar su vida más allá del sepulcro...

—Sangre... —murmuró su boca bajo la máscara—. Sangre... Eso es lo que yo también necesito.

Y se dirigió en busca de ella. Sabía dónde encontrarla.

Al fin lo había conseguido.

No había nada como insistir. Sobre todo, cuando un hombre está en sus horas bajas por miedo, por inquietud, por angustia.

Eso y una técnica astuta y sabia, le bastan a una mujer para seducir a cualquiera.

Stella Dexter era experta en seducción. Su volcánico temperamento, su libido siempre despierta, hacían el resto. Y Zoltan Sazdy estaba demasiado abatido aquella noche, tras una dura jornada de rodaje y los macabros sucesos de aquellos días, para rechazar a una hembra tan persuasiva como su compañera de trabajo.

En la cama de la residencia que Sazdy tenía en Beverly Hills, la voluptuosa Stella, exultante en su desnudez agresiva, hacía suyo

una y otra vez al enardecido húngaro, que encontraba en el fuego inextinguible de aquella mujer el mejor consuelo a sus preocupaciones y temores.

Los jadeos, los espasmos, los grititos de placer y pasión, eran el único sonido en la alcoba en penumbras. Stella estaba haciendo buena la especie de que era una auténtica fiera, una ninfómana de primera clase.

Ni uno ni otro, en el frenesí ardoroso de sus deseos, descubrió que ya no estaban solos en la alcoba. Que alguien más, cerca de ellos, respiraba apagada, silenciosamente, mirándoles con helado desprecio mientras hacían el amor impudicamente.

Cuando Stella se dio cuenta de que había alguien allí, un alarido escapó de su garganta, mientras los aterrorizados ojos se fijaban, por encima del hombro de Sazdy, en la figura inquietante, rígida y sombría, erguida a los pies de la cama, ante ellos.

Pero, sobre todo, en aquella faz cadavérica, espectral, blanca y fría, que era como una máscara rígida flotando en el vacío, suspendida macabramente sobre ellos.

—¿Qué es eso? ¿Qué significa?... —chilló la mujer, cubriéndose instintivamente con las sábanas los pechos rotundos, los muslos musculosos, mientras Sazdy pegaba un salto, volviéndose sobresaltado hacia la aparición.

—Puercos... —Silabeó el intruso con su voz profunda, ronca, inconfundible—. Os revolcáis en el fango de vuestra impúdica inmundicia. ¿Es así como os felicitáis de la muerte de mi amada Lilian, de mi carrera truncada, de mi vida rota, miserables?

—¡Orlov! —gritó el húngaro, repentinamente aterrado—. ¿Qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco acaso?

El otro seguía mirándoles con odio profundo, con inextinguible ferocidad.

—Ved lo que hicisteis... Contemplad vuestra obra. No sólo asesinasteis a Lilian, sino que me convertisteis en esto... —Silabeó Orlov, empezando a arrancarse la máscara.

—Por el amor de Dios, Jusko, nosotros nada tuvimos que ver con...

Las palabras se helaron en los labios de Sazdy. Y la sangre en sus venas. Un alarido de supremo horror escapó de su garganta al ver ante sí la faz espantosa del actor. Stella emitió un gemido ronco y se

desplomó en el lecho, desmayada.

Orlov no esperó a más. Mientras el pánico ante la visión monstruosa paralizaba a Sazdy y dejaba inconsciente a su amante, el actor extrajo de entre sus ropas un arma terrible. En sus manos de plástico, brilló el acero de unas enormes tijeras de sastrería teatral o cinematográfica. Las abrió con un chasquido seco. E hincó ambas puntas en el cuello de Sazdy. Luego, presionó, cerrando las tijeras con un tajo áspero, chirriante, que partió la tráquea del infortunado. Su grito de agonía escapó entre borbotones sangrientos. Cayó de espaldas sobre la inconsciente Stella. Orlov extrajo las tijeras del cuello de su víctima, para clavarlas repetidas veces en su pecho, rostro, garganta, hasta acribillarle de forma brutal.

Mientras la sangre de Sazdy corría sobre la desnudez de Stella Dexter, los ojos enloquecidos de Orlov se fijaron en el cuerpo de la hembra. Fría, desapasionadamente, se inclinó sobre ella con las temibles, afiladísimas tijeras a punto. Las abrió... y cortó de dos tajos los pezones de la mujer y parte de sus rotundos pechos desnudos.

Aun inconsciente, Stella pegó un salto, emitió un alarido inhumano... que se ahogó en su propia sangre cuando las tijeras subieron, para desgarrar su garganta y su boca sensual. Después, mientras el cuerpo femenino se debatía en un baño escarlata, las tijeras fueron cortando, cortando, mutilando aquellas formas deseables con furia aniquiladora...

Keith Robbins y Wilma Miller estaban celebrando el éxito reciente.

Brindaron con champaña tras la cena juntos en aquel restaurante de Hollywood, no lejos de los Estudios Atlas, al que muchos actores y actrices iban habitualmente.

—Ha sido una gran noche, Keith —susurró ella dulcemente—. Me siento tan feliz...

—Yo también. Hemos de reconocer que tuviste mucha suerte al fijarse Stowell en ti. Lo más difícil está conseguido. Sé que lo harás muy bien y ya nadie te quitará el puesto ganado, Wilma.

—Aun así, tengo miedo, Keith. Mucho miedo...

—No debes temer nada. Eres una excelente actriz. Pronto serás tan adorada por el público que se olvidarán de que un día existió alguien llamado Lilian Lake.

—Oh, Keith, si eso fuese cierto, si pudiera ganarme la fama, la adoración de las gentes... —Le tomó una mano—. Pero todo ello no me serviría de nada sin ti.

—Es posible que pronto pienses de otro modo —sonrió él—. Cuando seas famosa, yo no significaré ya nada quizá.

—No, por Dios, no digas eso. Yo no soy como otras. Te quiero, Keith. Y tú eres lo más importante en mi vida. Pídeme que deje mi carrera, y lo haré gustosa.

—No puedo pedirte eso. No sería justo —le apretó la mano con calor—. Serás una gran actriz. Pero también serás, si lo deseas, la señora Robbins, esposa de un gran guionista.

—¡Sí, querido, eso sí sería maravilloso! —aprobó ella, embelesada.

Salieron del restaurante amorosamente cogidos del brazo. La noche era radiante, estrellada y serena. Pasearon un poco.

—¿Crees que esos crímenes habrán terminado ya? —preguntó de pronto Wilma.

—Lo dudo, querida. Es como una pesadilla que no se sabe cuándo terminará...

—¿Quién sería el hombre que vio aquel vecino de Tallullah Desmond? Una cara blanca, rígida... Como un fantasma, ¿no crees?

—Pero los fantasmas no existen. Sólo se fingen para el cine —rió suavemente Keith.

Y, de repente, se quedó parado en seco, el gesto alterado.

—¿Qué te ocurre? —demandó ella, sorprendida.

—Dios mío... —susurró Keith—. Para el cine... ¡Maquillaje! Tal vez una máscara...

—¿Qué quieres decir con eso? —se extrañó Wilma.

—Yo vi una cara parecida... en plástico. La había modelado Stryker. Justo la noche en que desapareció. No me dijo para lo que era, pero se pasó horas enteras trabajando en ella. La llevaba a alguien, a alguna parte... Y luego, le asesinaron...

Meditaba, frotándose el mentón muy excitado. Su imaginación de escritor iba tratando de unir las piezas a la luz de aquel repentino hallazgo.

—¿Quién podría pedirle una máscara a Stryker, para luego matarle... y llevarla puesta también para asesinar a Tallullah Desmond? —se interesó Wilma, inquieta.

Los ojos de Keith brillaron al volverse a su pareja.

—Creo que tengo la respuesta a eso —susurró—. Sí, creo que la tengo...

—Me das miedo, Keith...

—Si lo que pienso es cierto, es para dar miedo y mucho más —el tono de él era tenso, preocupado—. Wilma, será mejor que vayas a casa. Llamaré un taxi para que te deje allí. Yo tengo algo que hacer, debo comprobar lo que sospecho...

—Ten cuidado, querido. Puede ser peligroso... —avisó ella, medrosa.

—Lo tendré. Yo, al menos, creo saber la verdad. Eso me hará ir con cuidado —llamó a un taxi, besó a Wilma y la dejó dentro del vehículo, dando la dirección de su casa—. Te veré enseguida, no temas. Sólo se trata de confirmar algo, antes de llamar al capitán Sanders...

El taxi se alejó. Keith corrió a su propio coche, y se lanzó a través de la ciudad, en busca de la confirmación a sus horribles sospechas.

No había nadie en la mansión antigua de Sunset Boulevard. Pese a llamar y llamar repetidas veces, sólo el silencio más absoluto respondió a sus intentos. Miró su reloj. Era pronto aún. Tal vez debía buscar a Jusko Orlov en otra parte. Sabía de sus obsesiones, de su amor enfermizo y obsesivo por Lilian Lake, la esposa desaparecida para siempre el mismo día de su boda.

Subió de nuevo a su coche y voló hacia la residencia que ocupara la famosa actriz hasta el día de su matrimonio con el famoso monstruo de la pantalla, con el hombre de la máscara de carne, prodigiosa, capaz de mostrar siempre un nuevo rostro.

Tampoco en la casa vacía de Lilian Lake respondió nadie. Era una finca lujosa y aislada, en lo mejor de Burbank. Con la boda de ella, se había cerrado de modo provisional. Con su muerte, de forma definitiva.

Reflexionó, con el ceño fruncido. Era una casa más accesible que

la de Orlov en Sunset. Tal vez el actor estuviera oculto allí y no quisiera responderle. Si todo lo que imaginaba era cierto, se las tenía que haber con un ser tan astuto como enloquecido y cruel. Con un verdadero monstruo, pero fuera de la pantalla y el celuloide.

Se decidió, volviendo al coche para tomar un objeto contundente. Empuñó la llave inglesa y un trapo para envolverla.

Había dejado abierta la radio. Ya no emitía música ligera. Un boletín de noticias informaba en ese momento:

—«... y los cuerpos sin vida de los famosos artistas de cine Zoltan Sazdy y Stella Dexter fueron hallados por la Policía, gracias a que un vecino avisó telefónicamente, al creer oír unos gritos y ver huir del lugar a un hombre de rostro cadavérico y negras ropas, totalmente salpicado de sangre. El doble crimen, realmente espantoso, fue cometido al parecer con unas enormes tijeras...».

Horrorizado, Keith cerró el aparato de radio, dominando un escalofrío. Ya no había dudas al respecto. Sabía que Orlov había vuelto a descargar su odio irracional y enfermizo en otras dos víctimas inocentes...

Corrió a la casa de Lilian Lake. Rompió un vidrio a ras del suelo en su parte posterior. Por él logró abrir una falleba, alzar la guillotina de la ventana y penetrar en un sótano destinado a almacenar muebles viejos, objetos en desuso y algunas cajas de provisiones enlatadas. También había ropas de cine, pelucas, zapatos y sombreros pasados de moda...

Lo revisó todo rápidamente, antes de subir a la planta alta, sin soltar la llave inglesa por si acaso. No encontró el menor rastro de Orlov por parte alguna.

Desalentado, pensó en volver otra vez a la mansión siniestra de Sunset, reliquia de pasados tiempos del cine silente, de sombras de un ayer tan tétrico y desvanecido en lo oscuro como el alma misma del actual monstruo asesino, Jusko Orlov.

Pero tras una indecisión, comenzó a recorrer la casa, revisando las cosas que pertenecieran a Lilian Lake. Su mente, entre tanto, trabajaba intensamente, dando vueltas a sus ideas y teorías.

Sabía que Orlov era el asesino de Stryker, de Tallullah, de Forrest, de Stella, de Sazdy... Pero ¿quién manipuló el Mercedes plateado aquel día de esponsales? ¿Quién asesinó a Lilian Lake y

desfiguró a Orlov, provocando la espantosa venganza de este sobre todos aquéllos a quienes su mente enloquecida creía responsables?

Ése seguía siendo el gran enigma. Y el origen de todo aquel horror.

La respuesta la encontró casualmente, por puro azar. Fue revisando con aire distraído las ropas y pertenencias de Lilian Lake. De una sombrerera, oculto entre los velos y plumas de un espectacular sombrero, cayó algo a la moqueta. Keith se inclinó a recogerlo.

Era un libro de tapas azules. Sobre ellas se leía una sola palabra en dorado:

Diario

Lo hojeó. Llevaba la firma de Lilian Lake. Estaba lleno de apretado texto manuscrito, con la letra menuda y cuidada de la actriz. La última hoja estaba casi en blanco. Sólo había unas frases escritas.

Una frase que causó el escalofrío de mayor horror que Keith podía imaginar:

«Todo está preparado; hoy mataré a mi marido apenas nos casemos, heredando así su fortuna automáticamente. El pobre no sospecha ni remotamente que es su dinero lo único que me interesa, para volver junto a Forrest. Lo he arreglado todo en el coche. Cuando fallen los frenos saltaré por la portezuela, como tengo calculado. Será su final... y mi salvación aparentemente milagrosa...».

Keith Robbins cerró aquel revelador Diario. Ahora ya sabía quién mató a Lilian Lake: ella misma. Y todo porque una simple portezuela se había atascado, impidiéndole salir a tiempo del coche...

El destino tiene a veces esas trágicas ironías.

Keith guardó el Diario en su bolsillo y corrió hacia la salida.

CAPÍTULO 10

Había sido todo terriblemente repentino.

Wilma se vio sorprendida.

Una mano cerrando su boca, apenas se alejó el taxi y trataba ella de introducir su llave en la cerradura de la puerta. Luego, cloroformo o algo así, nublando sus sentidos, hundiéndola en una angustiosa inconsciencia, tras ver que el horrible ser de la cara lívida era quien la capturaba.

Y ahora, aquel despertar escalofriante...

Miró con espanto al hombre erguido ante ella. Estirado, lúgubre, vestido de negro, con la mascarilla lívida de plástico sobre el rostro, las manos tersas y brillantes apoyadas sobre una extraña pieza de museo, un viejo yelmo de metal oscuro. Los ojos helados estaban fijos en ella a través de las ranuras de la careta.

—¿Quién... quién es usted? —gimió Wilma con voz trémula, tratando en vano de librarse de las ligaduras que la sujetaban fuertemente al butacón donde estaba encogida, frente por frente a su captor, en aquella sala lóbrega, grande y destartada, de una vieja casona sombría.

—¿No me conoces ya, muchacha? —dijo la hueca voz glacialmente—. ¿Acaso deseas mejor ver mi auténtico rostro para saber quién soy y por qué estás aquí?

Se arrancó la máscara de un tirón. El blando, elástico material plástico que cubrían sus deformidades atroces, se arrugó entre sus dedos. Wilma chilló agudamente, invadida por un pánico irrefrenable, mirando con incrédulo pavor a aquel monstruo.

—¡Orlov! —chilló, despavorida—. ¡Usted! ¡No, no es posible!

—Tú vas a unirme a la lista de quienes tanto daño me han estado haciendo, preciosa. Tú pretendías nada menos que suplantar a mi amada Lilian, a la más grande, dulce e ingenua muchacha del mundo... Eso es imposible. No mereces vivir para que tu cara

aniñada e insulsa haga olvidar a mi adorada Lilian... Y no vivirás. Como no viven ya los demás: Stryker, que sabía demasiado... Forrest, que era un cerdo... Tallullah Desmond, que era indigna de suplir a Lilian... Stella Dexter, que era una zorra. Szady, que era un mal actor dispuesto a competir con el gran Orlov... Todos han muerto ya. A todos los exterminé yo en justa venganza...

—Dios mío, Orlov, está usted loco —sollozo Wilma.

—¡Calla, estúpida! —Se irguió, atrozmente feo, repulsivo, con su ojo bailoteando en la órbita sin párpados, con la mueca horrenda de su boca descarnada siempre fingiendo una risa demoníaca—. Mi mente es lúcida, clara, brillante. No, no estoy loco. Sólo hago algo que complacerá a mi amada Lilian en su tumba... ¡Y tú, por osar el imposible sueño de sustituirla, terminarás aquí, dentro de este yelmo!

Abrió la pieza herrumbrosa que sostenía entre sus manos. Un ramalazo de horror sacudió a Wilma, que gritó angustiada.

—Puedes gritar cuánto gustes —rió Orlov—. Nadie vendrá aquí, nadie te oirá en mi casa...

El yelmo abierto revelaba su escalofriante realidad. Eran dos piezas separadas, para la parte posterior y delantera de la cabeza, como cualquier otro yelmo. Pero con una particularidad que le hacía remedo siniestro de la llamada «dama de Núremberg». La parte delantera del yelmo aparecía por dentro erizada de pinchos de acero proyectados hacia el rostro. Cuando se ajustara aquel casco, igual que una máscara de hierro, a la cabeza de un ser humano, la parte delantera hincaría aquellas púas metálicas, desgarrando el rostro y vaciando los ojos reventados, en una agonía feroz, indescriptible.

—No, no, eso, no... —Se estremeció la joven, llorando patéticamente—. No he hecho nada, no soy culpable de nada, Orlov...

—Mientes. Si te dejara con vida, serías una nueva Lilian Lake. Eso no será nunca. Además, ahora sabes quién soy yo en realidad... Debes terminar cuanto antes.

Se acercó a ella, sujetando la espantosa máscara de metal en sus manos, abierta para acoplarla a la cabeza de la muchacha. Aquella faz monstruosa parecía más repulsiva a medida que se aproximaba a su víctima indefensa.

—Será fácil —dijo sardónicamente el monstruo—. Tu bello rostro dejará de ser lo que es, en simples momentos. Esos punzones de acero lo destrozarán en un instante...

Alzó el yelmo siniestro, cerca de la cabeza de la muchacha. Ella contempló con supremo terror el instrumento de tortura y de muerte, tan próximo a ella...

—No, Dios mío, no... —sollozó, estremecida—. No puede ser tan injusto conmigo...

Su plegaria pareció dar un resultado milagroso.

La ventana de la sala, asomada a un oscuro patio interior de la vieja mansión de Sunset, saltó en mil pedazos. En el hueco, asomaron Keith Robbins, mortalmente pálido, el capitán Sanders y dos hombres suyos, armados de revólver...

—¡Quieto, Orlov! —aulló Robbins, mirando con angustia la proximidad del yelmo asesino del rostro de su joven enamorada—. No haga más locuras... Está en un terrible error, siempre lo estuvo. Sus crímenes fueron absurdos, inútiles... Vea esto... Lilian Lake era culpable. Ella manipuló el coche, ella trató de matarle a usted. Y fue ella la víctima, por fallar la portezuela, ¿recuerda?

—¡Miente, miserable! —rugió Orlov—. ¡Cerraré este yelmo sobre esta bella cara, aunque me cosan a balazos!

Robbins arrojó el Diario abierto, que cayó a los pies de Orlov. Éste lo miró, indeciso, mientras el yelmo se aproximaba peligrosamente a la cabeza indefensa de la muchacha, y Sanders dudaba entre disparar o no su arma.

El actor dirigió una despectiva mirada al librito. No se detuvo. Iba a ajustar el terrible artilugio a la joven prisionera. Sanders se dispuso a disparar, aunque temía no poder impedir lo peor...

Los ojos monstruosos de Orlov se clavaron en la hoja abierta. Providencialmente, allí figuraba la frase, la candente frase escrita con la letra de Lilian, inconfundible para su amante viudo...

*«... hoy mataré a mi marido apenas nos casemos,
heredando así su fortuna...».*

Resaltó la frase como si estuviera escrita a fuego. Le hirió el cerebro como un arma al rojo vivo diseccionando su cráneo hasta lo más profundo...

Un terrible alarido escapó de la informe boca del monstruo.

Retrocedió unos pasos, mirando incrédulo aquella reveladora, tremenda frase...

Luego, alzó de nuevo el yelmo. Lo ajustó rápido a su cabeza... y cerró de golpe la parte delantera. Dentro de la férrea máscara se oyó un crujido sordo, una serie de chasquidos espeluznantes... La sangre fluyó por las rendijas de la celadura...

Un estertor ronco, estremecedor, brotó mezclado con aquel sonido de desgarros y reventones. Orlov osciló, cayó de bruces, sonando sordamente su siniestro yelmo en el suelo...

Keith respiró hondo, aliviado. Los policías corrieron a rodear al caído. Wilma estalló en llanto histérico. Y el joven guionista se precipitó hacia ella para rodearla con sus brazos, protector y amoroso con quién tanto había sufrido.

Era el fin de la pesadilla. El fin de la última interpretación del hombre de la máscara de carne.

FIN

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más
encontrará en las novelas
de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una
de estas novelas,
rigurosamente inéditas, no
podrá dejarla hasta llegar
al final.

Ese es el propósito de los
grandes AUTORES, que le
ofrecen sus mejores obras
en la colección.

TOP SECRET

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] Forrest Ackerman es un conocido cineasta, fanático del cine de terror y del cómic del mismo género, cuya colección de reliquias del cine de ciencia-ficción o de espanto es famosa en todo Hollywood y en los Estados Unidos. (N. del A.). < <